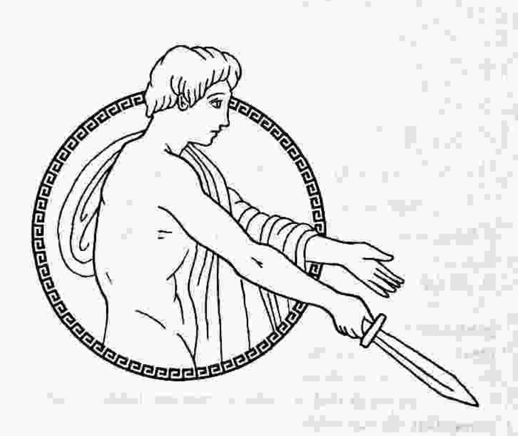
LA LOCURA DE ORESTES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa y Pilar Mas (págs. 32-33)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8893-6
Depósito legal: B 18054-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Oh, Febo, ¿qué trampa es esta a la que me
has conducido con tu oráculo? Desde que vengué
la muerte de mi padre matando a mi madre,
venimos huyendo de nuestra tierra perseguidos
por relevos de las erinias.*

Ifigenia en Táuride, Eurípides

Genealogía de Orestes

Atreo ∞ Aérope

Estrofio ∞ Anaxibia

Pílades

Agamenón ∞ Clitemnestra ∞ Egisto

- Electra
- Ifigenia
- Crisótemis
- Orestes

Dramatis personae

Los micénicos

Orestes – hijo menor del rey Agamenón de Micenas y la reina Clitemnestra.
Agamenón – rey de la poderosa ciudad de Micenas y jefe supremo del ejército heleno en la guerra.
Clitemnestra – reina de Micenas y hermana de la bella Helena, cuyo rapto por parte de Paris causó la guerra de Troya.
Electra – hija mayor de Agamenón y Clitemnestra, que salvó a su hermano Orestes de la muerte.
Ifigenia – segunda hija de Agamenón y Clitemnestra, sacrificada por su padre a la diosa Ártemis en el puerto de Áulide para que los dioses favorecieran el viaje de la expedición a Troya.
Crisótemis – tercera hija de Agamenón y Clitemnestra, de carácter bondadoso.
Egisto – amante de Clitemnestra y primo de Agamenón.

Los focios y los tauros

Estrofio – rey de la Fócide, padre de Pílades.
Anaxibia – esposa de Estrofio y hermana de Agamenón.

Pílades – hijo del rey Estrofio de la Fócide y Anaxibia, junto a quien se crió Orestes, su primo, al que considera un hermano.
Toante – rey de los tauros.

Los inmortales

Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, la preferida de su padre Zeus, instauradora del tribunal del Areópago.
Apolo – dios del equilibrio y de la música, destacado arquero cuyas flechas tanto sanan como enferman. Tiene poderes oraculares.
Ártemis – gemela de Apolo, diosa virgen de la caza y de la naturaleza.
Tisífone – erinia castigadora de los delitos de sangre.
Alecto – erinia perseguidora de las faltas morales.
Megera – erinia sancionadora de las infidelidades.

1

Preso en Atenas

Cuando sus pupilas se adaptaron a la escasa luz, Orestes se limpió el hilo de sangre que corría por su barbilla e intentó retomar el ritmo de su respiración. Aún le dolían la cabeza y las rodillas, golpeadas sin compasión contra el suelo de la celda, apenas cubierto por paja y arena, y sentía el frío húmedo de la noche, que había empapado sus ropas y calado sus huesos. El lugar olía a orín y a podredumbre, pero no podía permitir que el asco lo venciera y le impidiera pensar con claridad. Buscó a tientas una pared donde apoyar la espalda y recuperar el ritmo de su respiración, acelerada por los gritos de súplica con que se había dirigido a los guardias que lo habían apartado de los pies de la estatua. Con las primeras luces del alba, mientras realizaban su habitual ronda por la acrópolis, estos lo habían encontrado gritando y pataleando a los pies de la monumental figura de la diosa guerrera, que dominaba desde su pedestal la ciudad de Atenas. Allí, amparado por la

creciente sombra de la estatua que caía sobre él como un manto protector, Orestes se había resistido a la fuerza de los guardias, que lo habían arrastrado sin piedad hasta el calabozo. De nada habían servido sus gritos, pues aquellos lo habían asido por los brazos y, como si fuera un cuerpo inerte, se lo habían llevado de allí enseguida.

Tras apoyar la cabeza en el muro, inspiró profundamente y dejó salir el aire con lentitud entre sus labios mientras clavaba la mirada en las sombras, buscando a sus perseguidoras, pero no las halló en la oscuridad. Percibió entonces una ligera corriente de aire que se colaba a través de un pequeño agujero abierto entre los sillares, que pronto localizó a apenas cuatro palmos del suelo. Introdujo en él un par de dedos y sintió que su vello se erizaba. Esperó unos segundos en silencio, como si previera que algo iba a ocurrir y cerró los ojos para concentrarse mejor. Mas no oyó nada fuera de lo común. En algún lugar de aquella celda una gota de agua caía con ritmo y su sonido se repetía una y otra vez, rebotado en la piedra. Un poco más allá, en alguna habitación al final del corredor por el que lo habían conducido, se oía el murmullo de los alguaciles, que conversaban jocosos. Bajo un montón de heno, situado en la esquina de la celda, algún diminuto roedor se movía entre la paja. Pero nada más. Abrió entonces los párpados y suspiró, aliviado por la ausencia de otros sonidos en su cabeza, feliz por encontrarse solo después de tanto tiempo. Tal vez Atenea había oído sus súplicas y había hecho desaparecer las voces que atormentaban su mente.

¿Había conseguido la diosa disipar a las erinias y alejar su locura para siempre? Hacía apenas unas horas, allí, abrazado a los

pies de la estatua, que había besado entre lágrimas suplicando que lo ayudara, el joven había elevado sus ruegos a la diosa.

—¡Oh, Atenea! Tú que velas por la justicia, apiádate de mí y del destino al que, sin yo desearlo, me he visto abocado para cumplir los designios del oráculo. Concédeme el perdón y aleja de mí a esas perseguidoras que me atormentan desde que di muerte a mi madre, Clitemnestra, que a su vez asesinó con sus manos a mi padre, Agamenón. Mis actos han desatado la furia de quienes persiguen a los que derraman la sangre de su propia familia, mas dime, diosa, ¿qué otra opción tenía para vengar a mi padre? ¿Soy acaso culpable de haber cumplido lo ordenado por los dioses?

En su súplica, preso de la desesperación, Orestes había posado su boca sobre los pies de la estatua y, tras unos segundos, había sentido que la fría piedra se inundaba de un calor incipiente, como si cobrara vida bajo sus labios. Sorprendido, el joven abrió los ojos. La textura porosa, pulida con esmero por el artista que le había dado forma, había dejado paso a una cálida piel sonrosada que se ablandaba presionada por su peso. Tras apartarse, sintió que los pliegues del peplo divino comenzaban a agitarse por el viento, acariciándole suavemente la cara. Levantó entonces la cabeza, miró hacia arriba en busca de los ojos verdes de la diosa y pudo ver que el cabello esculpido refulgía como el oro y que el rostro resplandecía mientras el torso se inclinaba hacia él. Cegado por la luz que irradiaba la figura, apenas percibió que sus labios se abrían, pero sintió con claridad la voz de Atenea, cuyas palabras sonaron con firmeza en sus oídos, prometiéndole un juicio justo tras el que, si resultaba absuelto, desaparecerían las voces que lo perseguían para recordarle una y otra vez que había asesinado a su madre.

Después de aquella concesión, la piel volvió a endurecerse y la tela de la túnica se quedó de nuevo petrificada. Al creer que la diosa lo protegería, Orestes esbozó una sonrisa, pero esta duró poco. De repente, aquellas voces que lo habían acompañado desde que dio muerte a Clitemnestra volvieron a aparecer en sus oídos, entonando un cántico infernal, y pronto pudo visualizar sus serpenteantes siluetas. Las sombras, negras como cuervos, entrelazaron sus manos y comenzaron a dar vueltas a su alrededor, profiriendo gritos y risas, mirándolo con sus ojos sanguinolentos y recordándole una y otra vez su crimen. Orestes comenzó a llorar y, desesperado, abrazó aún más los pies de Atenea, intentando en vano que la diosa disipase aquellos monstruos que de nuevo lo habían encontrado y que asaeteaban su conciencia sin piedad. Quizás esta intercedió en su favor, pues Orestes no tardó en ver cómo el mundo giraba mientras caía del pedestal al que se había subido, y perdió un momento el sentido tras golpearse la cabeza contra el suelo.

Lo siguiente que recordaba era que Pílades, que lo había acompañado hasta la acrópolis y había esperado paciente a que rogara ante la estatua, intentaba calmarlo, de forma infructuosa. Entonces, dos guardias, alertados por sus gritos de terror, lo habían levantado del suelo y lo habían conducido al calabozo donde se encontraba ahora, por fin solo e ilusionado, y donde aguardaría la llegada de la oportunidad que le concedía la diosa.

◇◇◇

«¡Orestes!», oyó de repente, «¡Orestes!».

Nada más oír la llamada, su sonrisa se tornó en una mueca de desesperación que le hizo apretar los dientes y saltar las

lágrimas. Acongojado, disipando cualquier atisbo de victoria cantada antes de tiempo, el joven se acurrucó en un rincón y se tapó los oídos, creyendo que las erinias, aquellas sombras con serpientes enroscadas en los cabellos, aún seguían ahí, persiguiéndolo con látigos y antorchas. Tal vez no había visto a la diosa. Tal vez todo había sido un sueño o un engaño, una cruel artimaña de sus castigadoras, que buscaban así nuevas formas de infligirle dolor, haciendo crecer en él la esperanza de que todavía tenía salvación. Orestes sintió entonces que no estaba solo y percibió muy cerca una respiración jadeante, como la de alguien que ha acelerado el paso y una vez alcanzada su meta intenta recuperar el resuello. Se agarró la cabeza con las manos y la presionó con fuerza. Pero la voz siguió insistiendo:

—Orestes... Soy yo...

Sorprendido, el joven reparó en que esta vez no era una infernal voz femenina quien lo llamaba. Esperanzado, contuvo la respiración, calmó su llanto y esperó a que esta se manifestara de nuevo.

—Amigo, he venido a ayudarte...

Orestes reconoció con claridad a Pílades, quien le hablaba desde la calle, al otro lado del ventanuco. Palpando tembloroso la pared, el joven pronto encontró la hendidura por la que penetraba el sonido y pegó su rostro a la fría piedra.

—¡Pílades! ¡Gracias a los dioses! ¡Creía que eran ellas otra vez, creía que habían vuelto a encontrarme! —exclamó tras introducir un dedo en la abertura—. ¿Has venido a sacarme de aquí?

—Tranquilízate, amigo —le contestó desde el otro lado colocando su índice en el agujero con la intención de rozar

a su primo—. Has de saber que la mismísima Atenea se ha aparecido en la acrópolis —dijo Pílades emocionado—. ¡La diosa ha respondido a tus ruegos y se está organizando tu juicio en el Areópago, la colina de Ares! Pronto te llevarán allí y podrás defenderte por haber dado muerte a Clitemnestra.

—No sabes cuán reconfortantes me resultan tus palabras, pues solo los dioses pueden acabar con esta locura que me persigue —dijo Orestes, y sintió que las puntas de sus dedos se tocaban.

—Voy a dirigirme ahora al Areópago y aguardaré allí a que te lleven...

—¡No me dejes solo! O ellas volverán —le interrumpió.

—Tienes que tranquilizarte, Orestes. Has sido purificado por Apolo en Delfos y él ha alejado a esos monstruos que te atormentan.

—No estoy seguro, Pílades. Creo que he vuelto a verlas. No están aquí ahora, pero siento que están cerca...

Desde el otro lado, el hijo del rey Estrofio intentó restar importancia a los temores de su primo.

—Escúchame, no puedes venirte abajo ahora. Hemos hecho un largo camino para cumplir con lo ordenado por Apolo. Te pidió que vinieras a Atenas y aquí estamos. Atenea ha escuchado tus súplicas y pronto tendrás un juicio justo, del que serás exculpado. ¡De eso estoy seguro! ¡Aguanta! Tienes que permanecer calmado y con la mente serena para poder defenderte ante el tribunal.

—Pero ellas vienen a por mí... Noto cómo se acercan.

—Orestes, yo estuve allí contigo en Delfos y vi cómo Apolo te purificaba y cómo se alejaban tus tormentos. El dios intervino y alejó a las erinias...

—¡No invoques a las innombrables! ¡Te lo ruego si en alguna consideración tienes mi vida! —suplicó entre lágrimas.

—Cálmate, ya verás cómo todo...

Un ruido metálico, como una lanza golpeando la piedra, los interrumpió, y las palabras de Pílades quedaron en suspenso. Desde su lado del muro, Orestes pudo oír cómo dos guardias amonestaban a su primo y lo hacían marcharse de allí alegando que el preso debía permanecer incomunicado hasta el juicio. Tras pegar el ojo al agujero vio, no sin dificultad, cómo estos, llevándose la mano al cinto de donde colgaba una espada, echaban de allí a Pílades, que no oponía resistencia.

De nuevo solo, el joven volvió a sentarse en el suelo del calabozo, feliz y esperanzado, porque pronto tendría un juicio que pondría fin a sus penurias. Quería creer en las palabras de su primo, su fiel compañero, quien había permanecido a su lado todo el tiempo durante el horrendo crimen cometido contra Clitemnestra y Egisto, su nuevo esposo, el usurpador del trono de su padre. Lo había apoyado en todo momento, a pesar de que era consciente de la sangre que se derramaría. Pero también Pílades sabía, porque Orestes se lo había repetido mil veces durante su trayecto a Micenas, que no era su deseo matar a su madre para vengar a Agamenón, sino que esta era una decisión tomada por los dioses y que él debía cumplir, muy a su pesar, para no desairarlos. Como un hermano, pues así se consideraban mutuamente, Pílades había permanecido con él para apoyarlo de manera incondicional. Lo había ayudado a acceder a la corte donde habitaban los criminales que habían acabado con su padre, sometido a sus hermanas y puesto precio a su cabeza. Y después se

había mantenido a su lado durante la locura que le había sobrevenido, aconsejándolo y guiándolo hacia la resolución de sus problemas. Orestes debía hacerle caso una vez más: sí, debía tranquilizarse, olvidarse de las erinias y prepararse para afrontar su defensa en el juicio.

El joven se recostó en la pared, se llevó la mano al pecho y respiró profundamente. Cerró los ojos para concentrarse mejor en el sonido de las gotas, que seguían cayendo en algún lugar de la celda de manera rítmica e hipnótica. Poco a poco, el murmurio del agua lo fue tranquilizando y Orestes sintió que su corazón se calmaba y su pulso se iba haciendo cada vez más lento. Comenzó a percibir que la humedad lo calaba, así que desató el cíngulo con que ceñía su quitón y tiró de la tela hacia abajo hasta cubrirse las piernas, acurrucándose cuanto pudo. Después de unos minutos, se abandonó al sueño mientras recordaba cómo había comenzado todo.

◊◊◊

Humedad y frío. Aquel era el recuerdo que Orestes tenía del día que salió de Micenas, siendo aún un niño de apenas diez años, príncipe de aquel reino. Escondido en una de las despensas del palacio de su padre, el pequeño había tirado de su chitón para cubrirse las piernas, presa del miedo, con la esperanza de que los soldados de Egisto no lo encontraran. Aquella pequeña alacena, donde se almacenaban los sacos de espelta, parecía un buen lugar para ocultarse. Aún jadeando, el pequeño intentó entender lo que había visto. ¿Qué había pasado? Asustado por aquellos hombres, él había corrido hacia los brazos de su madre, pero no había encontrado consuelo en ellos. Clitemnestra, fuera de sí, lo había mirado con los

ojos desorbitados, como si no lo viera, cubierta de sangre, y el pequeño Orestes había reparado entonces en que la bella Casandra, la concubina de su padre, yacía en el suelo junto al cuerpo de sus dos hijos en mitad de un charco de sangre. Angustiado por la escena que tenía ante sus ojos, había retrocedido unos pasos y, tras chocar contra unas piernas, había oído una carcajada a su espalda. Apenas recordaba mucho más. Tan solo que al volverse se había encontrado con los ojos de Egisto, que intentó agarrarlo. Asustado, Orestes había corrido por los pasillos del palacio hasta llegar a la cocina, donde se había refugiado para salvar su vida.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí, en silencio, rogando a los dioses que no lo encontraran. Pero se acordaba de que, de repente, a través de la rendija de las maderas que formaban la puerta, vio correr a las cocineras, perseguidas por un par de soldados. Escuchó los gritos de las mujeres y las risas de los hombres cuando les dieron alcance. Oyó entonces el sonido de las ollas cayendo al suelo y las súplicas de las esclavas, que rogaban que no les hicieran daño. El pequeño se había tapado las orejas, haciendo gran presión con sus manos, para no oír lo que se avecinaba. Pero todo resultó en vano. Tras unos segundos de angustia, los llantos y los ruegos cesaron de repente después de un apenas perceptible grito, al que siguió el golpe de un cuerpo que se desplomaba en el suelo. Orestes vio rodar la cabeza de una de las cocineras, cuya mirada, paralizada en un gesto de horror, pareció clavarse en él. Después, se produjo un inquietante silencio.

Consciente de que él sería el próximo objetivo de aquellos hombres, Orestes agachó la cabeza y se hizo un ovillo entre los sacos de grano para que cuando abrieran la puerta

no lo descubrieran. Sabía que solo así podría sobrevivir. Pasó largo tiempo allí escondido, sin levantar la cabeza, con las manos en los oídos, intentando alejarse de los gritos, las carreras y el blandir de espadas y escudos que resonaban en los pasillos. Afortunadamente para él, tras el asesinato de las sirvientas, nadie parecía haber entrado en la cocina. Armándose de valor, el pequeño Orestes se levantó, apartó como pudo los sacos, con cuidado de no desmoronar la montaña de harina que coronaba uno de ellos, y pegó de nuevo la nariz a la rendija de puerta. Contuvo entonces la respiración al ver, para su sorpresa, que al otro lado de la misma había una túnica que se movía muy despacio, como si no quisiera hacer ruido. Orestes observó las sandalias y los pies que caminaban con lentitud por la cocina, sorteando las ollas, jarras y bandejas que habían quedado esparcidas por el suelo. Alzó un poco la vista y observó con horror que una mano cogía uno de los cuchillos con los que tantas veces había visto a las cocineras destripar pollos y conejos. Entonces, los pies caminaron hacia él y se detuvieron frente a la puerta de la despensa. Instintivamente, el pequeño se echó hacia atrás, con tan mala suerte que golpeó con su pequeño codo el saco de trigo molido, e hizo que una inmensa polvareda inundara el armario por completo. Lo intentó, pero, aunque se tapó la nariz con las dos manos, aquella nube de harina le inundó los pulmones e hizo que comenzara a toser. Sintió entonces que las piernas se detenían ante la madera. Había llegado su fin. Mientras se abría la puerta, se tapó la cara y comenzó a llorar. Mas, de pronto, cuando lo creía todo perdido, notó que una mano le sacudía el pelo y le acariciaba el rostro polvoriento.

—Tranquilo, Orestes, soy yo —susurró una voz conocida.

Descubriéndose los ojos, el pequeño príncipe pudo contemplar entonces la sonrisa de su hermana Electra, a cuyos brazos se lanzó inmediatamente. Esta le secó las lágrimas, que habían abierto pequeños surcos, como diminutos riachuelos, entre la harina que cubría sus mejillas. Acto seguido, lo empujó de nuevo al armario para que no viera los cuerpos y la sangre esparcida por el suelo y le ordenó que guardara silencio poniéndole un dedo en los labios.

—Mi sabio hermanito: estaba segura de que habías encontrado la forma de esconderte de esos desalmados. Has demostrado ser muy valiente, pero ahora tienes que serlo todavía más. Debes quedarte aquí y esperar a que yo vuelva —dijo Electra mientras lo besaba y le señalaba de nuevo el hueco que debía ocupar entre los sacos.

—¡No! ¡Quiero ir contigo! —gritó Orestes desesperado.

—Haz lo que te pido. Es peligroso que te vean. Quédate aquí. Yo no tardaré en venir a buscarte. Pero necesito ayuda...

—Por favor... —suplicó entre lágrimas.

—Escúchame: vamos a salir de aquí. Pero ahora tienes que esconderte de nuevo detrás de esos sacos y quedarte muy calladito. Es como cuando jugamos, ¿de acuerdo? Es eso, solo un juego —dijo Electra intentando restarle importancia.

Años después, Orestes aún recordaría lo eterna que se le hizo aquella espera, encerrado bajo llave en aquella despensa, sin saber si su hermana volvería a buscarlo.

◇◇◇

Lo que ocurrió después apenas se había quedado grabado en la mente de Orestes. Recordaba que su hermana había

vuelto acompañada de su preceptor y que, tapándole los ojos con la mano, lo habían sacado del palacio oculto bajo una manta para que no lo encontraran. A partir de ahí el recuerdo se había vuelto confuso, pues el hambre y el cansancio sufridos durante los meses en que recorrieron los bosques a la orilla del río Tano habían difuminado los detalles. Por el día caminaban sin descanso y por la noche dormían al raso, en lugares apartados de los caminos, para evitar que los soldados los encontraran. Más de una vez, el pequeño príncipe se había despertado por el ruido de los cascos de los caballos y su preceptor se había apresurado a abrazarlo, tapándole la boca para evitar que se oyeran sus llantos, causados por el pavor que cualquier ruido en la noche le causaba. Durante el trayecto, en un alto en el camino, había sabido por boca de su preceptor que Clitemnestra había dado muerte al monarca Agamenón y que Egisto, el amante de esta, se había convertido en el nuevo rey de Micenas.

—Eres, pequeño Orestes, el legítimo heredero de ese trono. Algún día, serás el rey de Micenas —le informó mientras comían unas bayas encontradas en la ribera del río—. Vamos, reanudemos el camino —dijo, poniéndose en pie.

—Y si es mi trono, ¿por qué no volvemos ahora y acabamos con ellos?

El preceptor se detuvo sorprendido por la pregunta del muchacho. Sus palabras habían calado hondo en los oídos del pequeño príncipe, que fue incapaz de seguir comiendo. El anciano lo miró con una sonrisa, desconcertado, mientras buscaba una respuesta que un niño pudiera entender. Vio el dolor en sus ojos que, a pesar de todo, no mostraban lágrimas, y supo entonces que, si conseguía salvarlo, aquel niño



Electra encontró a Orestes en la cocina y se ocupó de mantener al príncipe a salvo.

regresaría algún día a su ciudad para desterrar a los usurpadores del trono de Agamenón.

—¡Los dioses saben cuánto has madurado en apenas unos días! Todavía es pronto para que asumas tu destino, pero, según dictan las normas, algún día deberás vengar la muerte de tu padre. Es por eso que huimos ahora, para ponerte a salvo hasta que crezcas y puedas enfrentar a ellos.

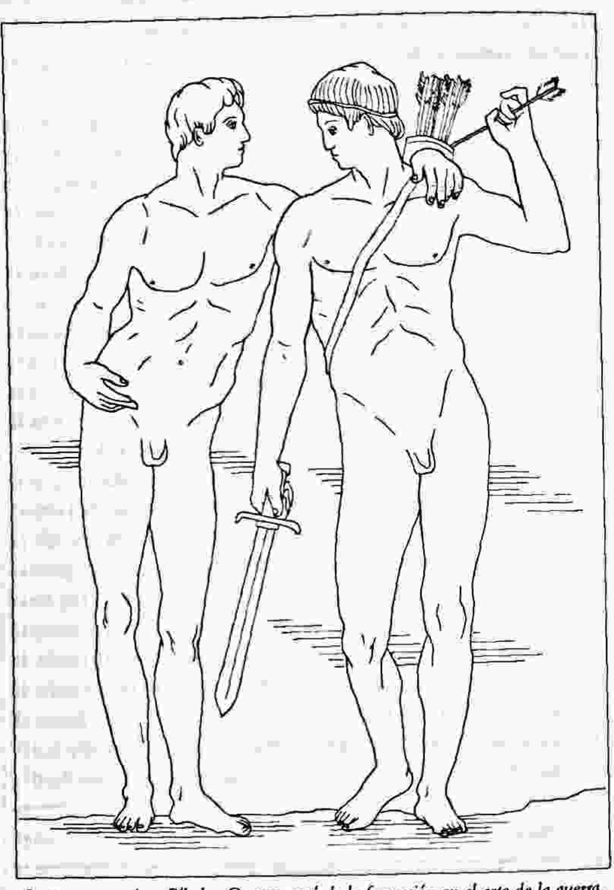
Tras ocultarse en los establos de unos pastores que guardaban fidelidad a Agamenón, Orestes y su preceptor recorrieron otros senderos, atravesaron más bosques y cruzaron un sinfín de montes pedregosos en dirección a la Fócide. Durante aquellas semanas, Orestes fue conociendo la historia a la que, debido a su corta edad, había permanecido ajeno hasta entonces. Supo que la ausencia de su padre, mientras combatía en la guerra de Troya, había arrojado a su madre a los brazos de Egisto y que ahí estaba la causa de que hubieran decidido asesinarlo. Supo que sus hermanas Electra y Crisótemis estarían condenadas a aceptar a Egisto en el trono, aunque lo tranquilizó saber que sus vidas no correrían peligro, pues ellas, por ser mujeres, no podían heredar el reino. Su otra hermana, Ifigenia, había muerto hacía mucho y Orestes apenas guardaba recuerdos, aunque Clitemnestra la mencionaba a menudo, lamentando su horrible pérdida. Durante aquel trayecto, Orestes había despertado del sueño de la infancia y descubierto las intrigas que se habían forjado en palacio mientras él, despreocupado y feliz, sin ser aún consciente de la responsabilidad que le correspondía por ser heredero de un reino, se ocupaba solo de sus juegos.

Cuando largo tiempo después llegaron al palacio de Estrofio, el joven príncipe ya había dejado atrás la niñez. El rey

de la Fócide había sido un fiel aliado de la casa de los Atridas y estaba casado con Anaxibia, que era hermana de Agamenón. Nada más ver entrar en palacio al preceptor acompañado de Orestes, esta corrió a abrazar a su sobrino. Había sabido por un heraldo del horrible destino que había corrido el rey de Micenas y que el pequeño heredero había conseguido escapar de la furia de Egisto, quien había puesto precio a su cabeza prometiendo una gran recompensa a quien le entregara su cadáver. Anaxibia llevaba semanas esperando alguna noticia y, presintiendo que un día u otro Orestes recaería en aquella corte, había hecho prometer a su marido que lo acogerían y protegerían, proporcionándole la misma educación y privilegios que a su propio hijo, Pílades, al que igualaba en edad. Durante su adolescencia, Orestes vivió ajeno a la tragedia de su familia y disfrutó de la felicidad de un reino próspero en el que fue tratado como un hijo adoptivo. Junto con su primo, gozó del adiestramiento gimnástico en la palestra, del aprendizaje de las artes, de la música y de la formación en el arte de la guerra. Tan solo los mensajes enviados desde Micenas por su hermana Electra le frustraban su intento de ser feliz, pues le recordaban una y otra vez que pronto cumpliría la edad viril y entonces su destino sería otro: volver al reino de su familia y vengar con sangre el cruel asesinato de su padre.

∞

«¡Orestes!», oyó de repente aún con los ojos cerrados. «¡Orestes!». Todavía cegado por el sueño, el joven emitió un bostezo mientras con la mano buscaba instintivamente la brecha de la pared. Debía de haber dormido más de una hora, y lo



Junto con su primo Pílades, Orestes gozó de la formación en el arte de la guerra.

primero que pensó al despertar fue que Pílades había regresado para traerle buenas noticias. Mientras comenzaba a sonreír, se frotó los ojos para dar tiempo a que estos se acostumbraran a la escasa luz del calabozo mientras se levantaba de cara al muro. Entonces, percibió que la voz que clamaba su nombre no venía del otro lado, sino de dentro de la celda. Cuando se dio la vuelta, el pavor se apoderó de su rostro al ver que no estaba solo.

—¡Vosotras! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

Ante sí, un grupo de figuras negras, con ojos inyectados en sangre y culebras enroscadas en el cabello, lo miraban de manera amenazante. Orestes intentó retroceder, pero se lo impidió el muro situado a su espalda. Las erinias lo rodearon sin piedad, agitando sus látigos y acercando sus antorchas, cuyo calor pudo notar en su piel. El joven se tapó entonces la cara para evitar contemplar los rostros que le recordaban el terrible asesinato que había cometido, pero pronto sintió que una frías y huesudas manos, como si fuera un esqueleto con vida, apartaban las suyas, y un fétido aliento se introducía por su nariz y rozaba su piel alcanzándola con su inmundo calor. De repente, la más alta de todas, con el cabello cano, aquella a la que llamaban Tisífone, acercó los labios a su oreja y con su profunda voz, que parecía surgida del inframundo, susurró:

—Tú asesinaste a tu madre. Mira ahora el rostro de quienes lloran con sangre su muerte. Malditos son aquellos que comenten matricidio, pues están condenados a ser perseguidos hasta la locura.

Orestes lanzó un grito de terror y se arrodilló ante ellas pidiendo clemencia, mientras estas, furiosas, descargaban sus látigos sobre él. Cuando los guardias, alertados por el ruido,

entraron en la celda, lo encontraron arrinconado entre la paja, llorando como un niño abandonado y haciendo aspavientos como si intentara protegerse de una jauría de perros que lo atacaban. Tan solo consiguieron calmarlo cuando uno de los alguaciles agarró una palangana con agua y se la tiró por encima. Acto seguido, lo levantaron del suelo mientras él pedía clemencia.

—¡Arriba! —gritó el más fuerte de ellos agarrándolo por el quitón empapado—. Todo está preparado para tu juicio.

2

El juicio en el Areópago

La enorme colina que formaba el Areópago junto a la acrópolis de Atenas impresionó al reo. Aquella inmensa roca de color gris azulado, que nada tenía que ver con el resto del paisaje que rodeaba la ciudad, parecía haber sido puesta allí por la mano de algún dios y se erigía majestuosa ante los edificios construidos por los mortales, cuya belleza superaba con creces. Conforme se iba acercando custodiado por dos guardias, Orestes pudo contemplar que el lugar donde se celebraría su juicio parecía una gema tallada que relucía, salvaje y sublime, como una isla inexpugnable entre los bosques de pinos que la rodeaban. Allí, en el punto más alto del pequeño macizo, los atenienses habían construido una estructura formada por tablones de madera, sobre la que habían dispuesto una serie de bancos que formaban un semicírculo. A un lado y otro del espacio central, varios toldos se henchían como velas agitadas por la fuerza del viento,

proporcionando al lugar un aspecto imponente. La luz del atardecer iluminaba este escenario desde atrás, tiñendo con sus tonos anaranjados y rosáceos las telas, que parecían refulgir por momentos. Orestes sonrió amargamente al percibir el contraste: aquel hermoso enclave era el lugar elegido por Atenea para juzgar su horrendo crimen.

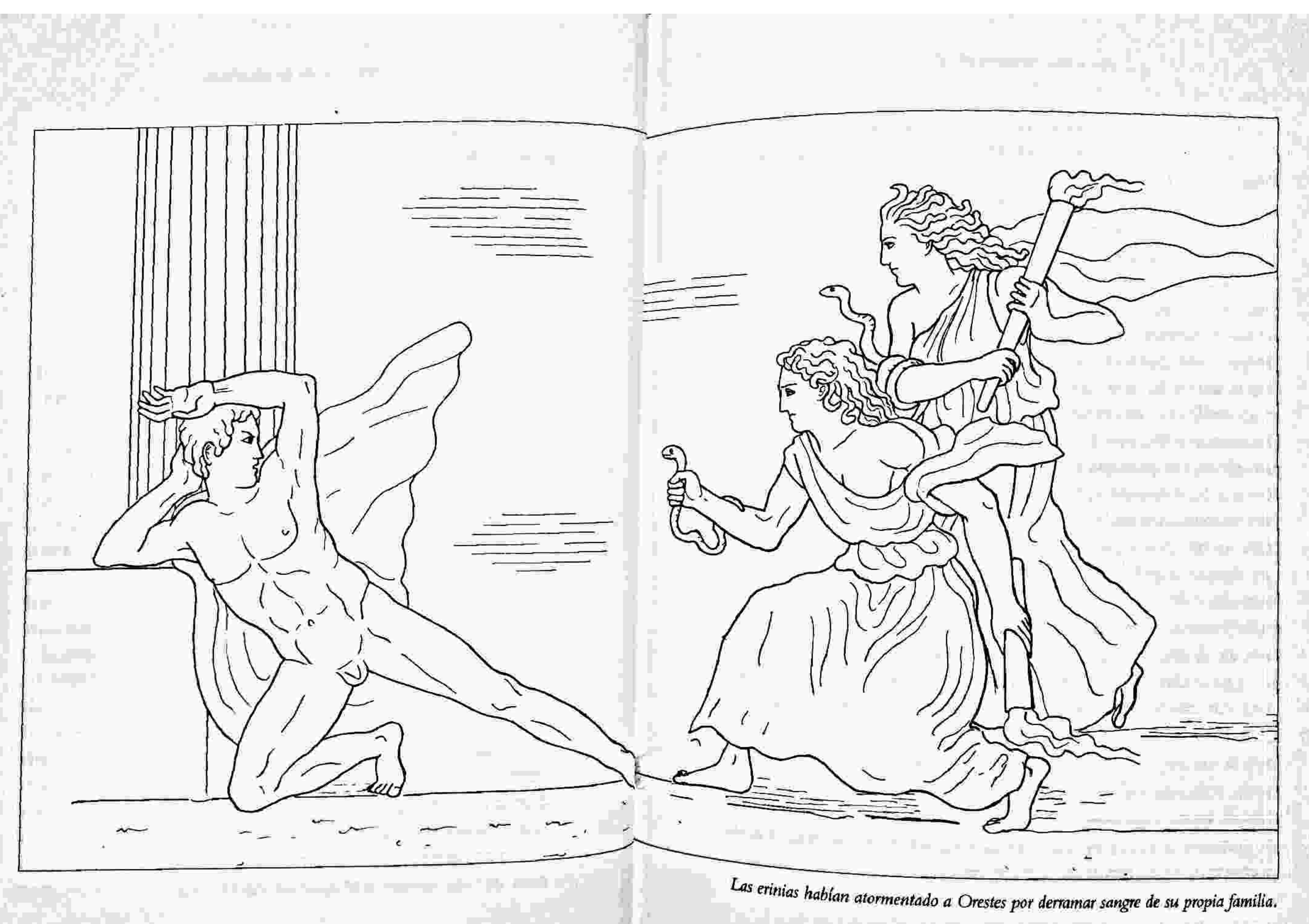
Al llegar a la falda de la imponente roca, los guardias apartaron con ayuda de sus lanzas las ramas de los árboles y descubrieron un sendero con unos diminutos escalones tallados en la roca, por los que hicieron subir a Orestes. Después, recorrieron un pequeño camino de arena que conducía hasta los pies de la tarima. Cuando alcanzaron el tocón que serviría de asiento al reo, los guardias le desataron las muñecas y le ordenaron que esperara de pie a que entrara el jurado. Observó entonces que, en la parte más alejada, algunos ciudadanos se mantenían expectantes y en silencio, con la seriedad plasmada en sus rostros. Fijando la vista en ellos, Orestes pronto distinguió en la segunda fila el cabello rubio de su primo Pílades. Este le lanzó una pequeña sonrisa, que el joven agradeció mientras apretaba los puños en señal de fuerza. Sin más preámbulos, los doce jueces, elegidos por Atenea entre los eupátridas de la ciudad, fueron entrando de uno en uno, ataviados con amplios himationes blancos, cuyo extremo recogían en un brazo para salvar las dificultades del pedregoso camino. Poco a poco, se fueron sentando en las dos filas de bancos, los más ancianos delante y los jóvenes detrás. Orestes respiró profundamente al verlos, consciente de que en ellos estaba la llave de su destino. Pero su tranquilidad duró poco.

Bajo el toldo que cubría la tarima de la izquierda, vio aparecer tres sombras, como tres ancianas vestidas de luto. Los

nervios se apoderaron del joven al verlas allí, pálidas como estatuas de frío mármol, con los ojos inyectados en sangre que, en esta ocasión, no mostraban lágrimas rojas. Orestes las observó con precaución, sin querer desatar la ira de estas, aunque las erinias parecieron no inmutarse ante su presencia. El aspecto que allí mostraban sus perseguidoras no tenía nada que ver con la apariencia con la que se presentaron a Orestes por primera vez: las serpientes sibilantes de sus cabellos permanecían dormidas, enroscadas sobre sus hombros, formando una espesa trenza. Tampoco había rastro de las enormes alas de murciélago con las que lo habían perseguido, volando con rapidez, silbando a la altura de sus oídos, durante su camino al templo de Apolo en Delfos. Atreviéndose Orestes a mirarlas a los ojos, distinguió delante a Tisífone, la encargada de castigar los delitos de sangre, y un paso por detrás de esta reconoció a Alecto, la erinia de las faltas morales, y a Megera, la responsable de perseguir las infidelidades. Percatándose entonces de la insolencia del joven que osaba mirarlas sin reparos, Tisífone, que ejercería la acusación contra él, no tardó en clavarle la fría daga de sus ojos, tan hiriente que el joven pudo sentir una punzada en el pecho como si fuera la propia Clitemnestra quien lo acuchillara.

Avergonzado, Orestes bajó la cabeza de inmediato. Entonces, vio iluminarse con un cegador destello la tarima cubierta por el toldo que permanecía a su derecha, sobre la que se materializó una figura. Cuando recuperó la visión, Orestes distinguió a Apolo, quien, con un gesto amable mientras recogía su túnica púrpura, posó la mano sobre su hombro.

—No estarás solo en tu defensa —dijo el dios, quien portaba en sus sienes los laureles de la victoria—. No temas,



Las erinias habían atormentado a Orestes por derramar sangre de su propia familia.

pues yo te persuadí para matar a tu madre y lavar así el honor de tu linaje. Es justo que te no abandone ahora y me convierta en tu protector.

La llegada del dios tranquilizó a Orestes, pues este confirmaría que él había obrado bajo su mandato. Apolo se situó a su lado, un paso por detrás de él, y señaló con su mano una pequeña tarima, elevada sobre dos escalones que parecieron ceder ligeramente, como si alguien subiera por ellos. Entonces, en el centro de las tablas, envuelta en un inmaculado peplo y con el aspecto de la estatua a la que se había abrazado la noche antes pidiendo clemencia, apareció Atenea. Todos los presentes se levantaron ante su imponente presencia y Orestes pudo comprobar que, a diferencia de la escultura, no portaba su casco de guerra, ni el escudo, ni la coraza. La diosa de mirada verde llevaba el pelo recogido en dos trenzas, anudadas a los lados, ceñidas con una diadema de oro tallado, y saludó con un gesto solemne a las erinias y a Apolo, que le correspondieron inclinando la cabeza. Sin más dilación, Atenea se situó en el estrado en el que hablarían los acusadores y los defensores, y mostró las vasijas de bronce dorado en las que se contarían los votos. Después, se dirigió a Orestes, le indicó el lugar que debía ocupar y, tras levantar las dos manos hacia el cielo en honor a Zeus, dio comienzo al juicio.

◇◇◇

En un breve discurso, Atenea expuso los hechos por los que se juzgaba a Orestes y habló del innegable crimen que el joven había cometido contra su madre. Tan solo por ese motivo, y no por la muerte de Egisto, debía responder ante

ellos, por lo que la diosa pidió a todos los presentes que se ciñeran exclusivamente a hablar de Clitemnestra, a cuyo espíritu, ya en el inframundo, las erinias representaban. El tribunal debía tener en cuenta y al mismo nivel las alegaciones de la acusación, formada por estas divinidades, y de la defensa, representada por Apolo. El reo debía contestar a las preguntas con sinceridad, si en algo apreciaba su vida, pues la mentira sería un hecho imperdonable que no haría más que confirmar su culpabilidad y aumentar su condena. Así, tras la exposición de las reglas que todos debían seguir, las erinias pidieron la palabra y Atenea dio su autorización para que hablaran. Recogiendo su negra túnica, Tisífone se adelantó unos pasos hasta el centro de las tablas y con una voz muy diferente, mucho más aguda y serena que la que Orestes había oído, aclaró:

—Atenea, hija de Zeus, has de saber antes que nada que las erinias no reconocemos la autoridad de los olímpicos, a quienes consideramos jóvenes e inexpertos. Nosotras nos regimos por normas mucho más antiguas que las establecidas por tu padre, por lo que, si bien aceptamos participar en este juicio, nos reservamos el derecho a negarnos a cumplir su veredicto si este no nos satisface plenamente —expuso haciendo gala de una enorme soberbia—. Y nuestra satisfacción no puede venir de otro resultado que no sea la entrega de ese matricida que nos pertenece —dijo, señalando al acusado con su huesudo dedo—. No se pueden inventar ahora nuevas leyes para juzgar los delitos de sangre cuyo castigo está fijado desde el origen de los tiempos.

Acto seguido, se dio la vuelta y, arrastrando su oscura túnica, retornó al lugar donde seguían sus hermanas, quienes la

miraron satisfechas asintiendo con sus negras cabezas. Situado junto al reo, Apolo las miró con repugnancia y murmuró:

—Vírgenes abominables, nacisteis del mal en las oscuras tinieblas. Por algo no se os acercan ni mortales, ni dioses, ni bestias.

Instintivamente, Tisífone miró hacia la tarima del acusado con los ojos llenos de furia y desató las culebras que llevaba anudadas en su pelo, que emitieron un horrendo silbido y sacaron sus desafiantes lenguas bífidas en dirección al dios. Pero la rápida intervención de Atenea evitó que aquello llegara a mayores.

—Te ruego silencio, noble Apolo, y a vosotras os demando que mantengáis vuestra ira bajo control —pidió con autoridad—. Tisífone, responsable de castigar los crímenes que se dan en el seno de las familias, en la sumisión a las normas radica el éxito de este juicio. Dejemos, por tanto, que este tenga lugar y una vez obtenida la sentencia, valoraremos la condena que merece Orestes, si así lo considera el tribunal. Te pido ahora que, en representación de la fallecida, expliques por qué debéis seguir atormentando al reo.

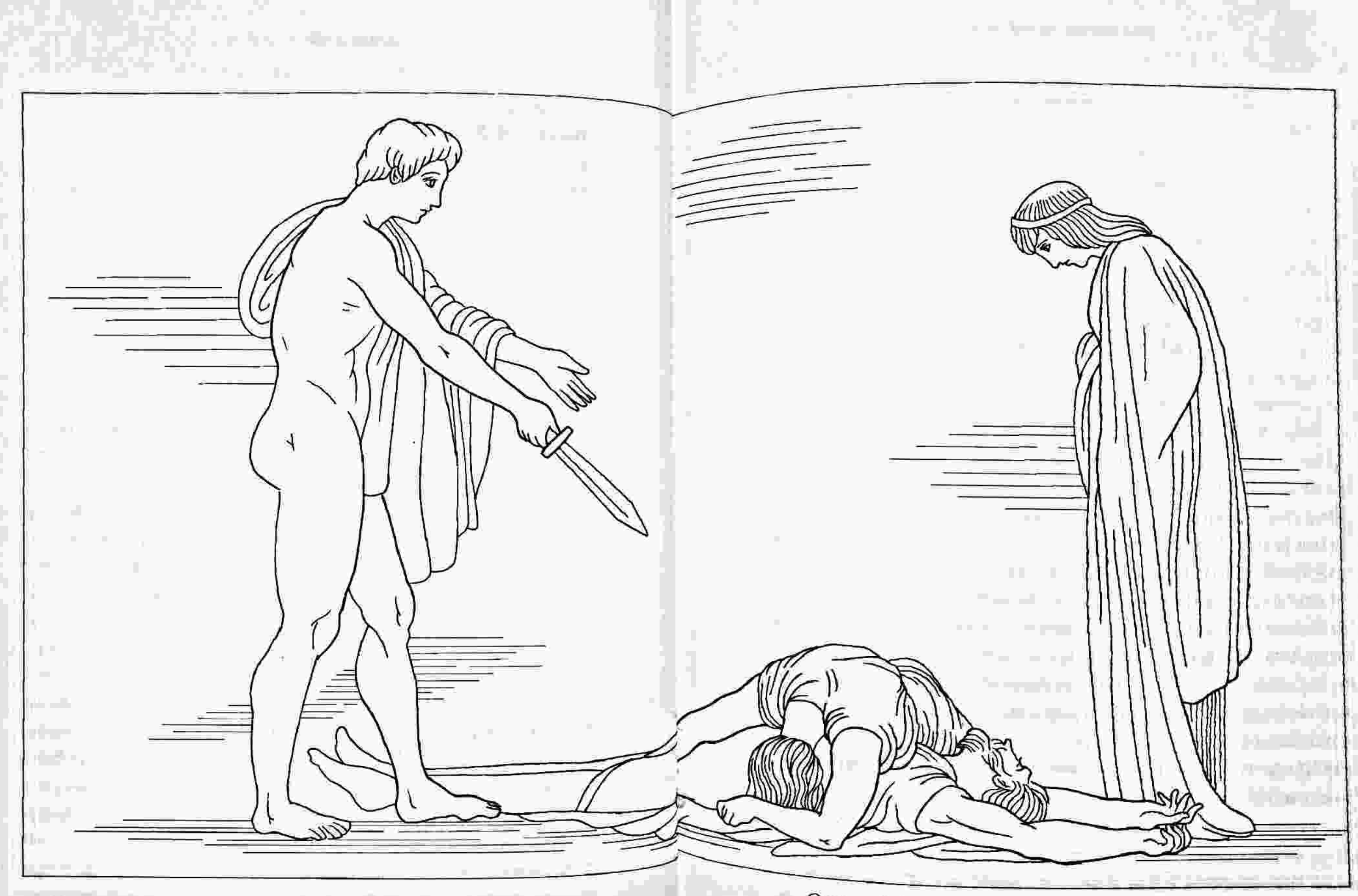
Volviendo a tomar la palabra, Tisífone se mostró implacable en su alegato por el alma de Clitemnestra y narró los hechos que habían llevado al joven a aquel juicio:

—Y tras acuchillar a Egisto, cuya muerte ya se encargarán de juzgar otros, Orestes, negando su origen y el respeto que debía a quien le dio la vida, se escondió y esperó a que apareciese su madre. A sangre fría y sin sentir ningún tipo de piedad, observó a Clitemnestra abrazada al cuerpo inerte de su marido y entonces se presentó ante ella. La reina reconoció a su hijo, al que hacía una década que no veía, y

contempló con estupor que dirigía la daga ensangrentada hacia ella. Intentó, como haría cualquier madre, disuadirlo, pero el joven se negó a escucharla pues había tomado la determinación de vengar a su padre, Agamenón. Aquella por quien ahora velamos pidió entonces clemencia y alegó que si lo había matado era para reparar otra muerte: la de la inocente Ifigenia, hermana del reo, a quien Agamenón quiso sacrificar antes de partir hacia Troya.

Ante aquel relato, Orestes recordó la escena. Vio, como si estuviera allí mismo, a su madre postrada ante él, con los brazos en cruz y lágrimas en los ojos, contenta al ver que su hijo aún vivía, desconsolada por la muerte de su esposo y por el peligro que ella misma corría. Recordó sus palabras pidiéndole que recapacitara y que la dejara marchar, pues ella había matado a Agamenón para vengar la muerte de su hija Ifigenia. Se acordó de cómo ante esa revelación hecha por su madre y de la que Electra nunca le había hablado, las fuerzas le habían flaqueado y, al sentir las dudas crecer en su interior, había pedido consejo a Pílades, quien le había acompañado hasta palacio para llevar a cabo su venganza. «¡Acuérdate de las palabras del oráculo de Delfos y las terribles amenazas de Apolo, Orestes! ¡Y acuérdate también de las promesas hechas frente a la tumba de tu padre!», habían sido las sabias palabras de su primo. Y él había comprendido que solo así, con la sangre de su madre, podría limpiar el honor de su padre y cumplir con el mandato del oráculo. Aun con gran dolor en el corazón, se había visto obligado a alzar la espada y asestar el golpe mortal a su propia madre.

Aquella acción había supuesto el principio de su horrible tortura, pues enseguida lo habían encontrado las erinias, que



Orestes se había visto obligado a asestar el golpe mortal a su propia madre.

lo localizaron por el hedor a muerte que el reguero de sangre que arrastraban sus sandalias dejaba allá donde intentara huir.

—Sean cuales fueran las causas que le condujeron a llevar a cabo tan innoble asesinato, Orestes mató a su madre, la reina Clitemnestra —prosiguió Tisífone—. Y como matricida que es, tenemos derecho a hacer que sufra por sus acciones. ¿Admites los hechos, Orestes? ¿No es cierto que tu madre, a quien defendemos, murió a sangre fría en tus manos?

Orestes no pudo negar lo ocurrido y asintió. Una sonrisa de satisfacción se dibujó entonces en el rostro de Tisífone, quien en ese momento consideró ganado el juicio.

∞∞

Cuando hubo regresado la erinia a su lugar, Atenea cedió la palabra a Orestes, quien dio un paso al frente dispuesto a defenderse. Sin embargo, el joven sintió que una mano situada sobre la suya frenaba su camino y, al volverse, se encontró de nuevo con los ojos del dios. Tras hacerle un gesto para que se sentara, Apolo avanzó hasta situarse frente al jurado y, con su hermosa voz, que sonaba con la misma nobleza con que templaba su lira, se dirigió a los presentes.

—Es cierto, como bien ha reconocido el acusado, que asesinó a su madre. Mas no fue culpa suya, sino mía, que llevara a cabo ese acto.

Un murmullo se extendió entre los jueces y obligó a Atenea a solicitar silencio para que Apolo pudiera continuar.

—Sé que esto puede sorprender a los presentes —prosiguió el dios de la luz—, pero no debería, pues responde al igual que en otros casos al acto de obedecer las leyes vigentes. Hace meses, recién cumplida su mayoría de edad, este

joven conoció a través de su hermana Electra que debía vengar el asesinato de su padre, Agamenón, dando muerte a sus ejecutores. Intentando huir de este destino, pues desde pequeño había sido criado lejos de su familia y tomado por padre a Estrofio, rey de la Fócide, viajó hasta Delfos acompañado de su primo Pílades. Arrodillado allí ante el pebetero que alumbra la entrada de mi templo, realizó una ofrenda y me consultó si, como le pedía Electra, debía matar a los culpables del asesinato de su padre. Y yo le conminé a hacerlo, pues así estaba escrito que debía proceder.

—¡Y lo hice! ¡No quería, pero lo hice! —interrumpió Orestes, presa de la desesperación al escuchar el relato del dios—. Entonces no sabía las funestas consecuencias que aquella muerte traería para mí. Permíteme, oh, noble Atenea, que sea yo mismo quien hable ahora.

La diosa le dirigió una mirada tranquilizadora, antes de desestimar parcialmente su petición.

—Orestes, bien es conocido por todos cómo se llevaron a cabo los hechos, ya expuestos en toda su extensión. No procede aquí repetirlos, pero sería interesante conocer qué ocurrió después de que las erinias te encontraran, pues nos consta que intentaste expiar tu culpa. Si tienes algo que decir a este respecto, habla antes de que se reúnan a deliberar los jueces.

Ligeramente avergonzado por el ímpetu que lo había hecho hablar, Orestes tragó saliva y luego contó que su amigo Pílades, a quien amaba como un hermano, lo había convencido de volver al templo de Delfos para consultar de nuevo a Apolo cómo librarse de la persecución de su conciencia.

—Hasta allí me dirigí —prosiguió Orestes—. Lavé mi cuerpo en la fuente Castalia y pedí clemencia ante Apolo

tras sacrificar un cerdo en su honor. ¡Pero no funcionó! ¡Nada conseguía alejar a aquellas que me atormentaban la conciencia! —dijo, presa de la desesperación, sin mencionar directamente por su nombre a las erinias.

Apolo volvió a calmarlo posando la mano sobre su pecho, tras lo que Orestes sintió un gran alivio y, obligándolo a sentarse, retomó la palabra.

—Yo le confirmé que no debía afligirse, pues había obrado en consecuencia a las leyes que dictan que un hijo debe vengar el asesinato de su padre —continuó Apolo haciéndole un gesto para se callara—. Pero, no pudiendo resolver su problema, pues las erinias no obedecen a los dioses, lo purifiqué para que sus manos no acusaran el peso de la sangre. A pesar de todo, consciente del conflicto de intereses que sobre nosotros se cernía, lo conminé a venir hasta Atenas, a suplicar ante ti, Atenea, un juicio justo.

La diosa guerrera fijó sus ojos sobre el dios y, acto seguido, dirigió su mirada, pensativa, hacia el suelo. Tras meditar un momento, preguntó:

—Entonces, Apolo, reconoces que a través de tu oráculo autorizaste el crimen y, luego, al ver las consecuencias que esta acción traía, intentaste librarlo de las erinias...

—Así es.

Los doce miembros del jurado volvieron a agitarse en sus asientos mientras, al otro lado de las tablas, Tisífone y sus hermanas murmuraban llenas de rabia y lanzaban una mirada de desaprobación a Apolo. Encendida su furia tras la confesión del dios, caminaron fuera de sí hacia Orestes, que agachó la cabeza.

—¡Confiaste en el dios, mas no sabías, mortal, que el poder del olímpico nada puede hacer contra nosotras, pues

somos espíritus arcaicos, previos al nacimiento de los dioses y, por tanto, jamás nos someteremos a los designios de estos! —dijo Tisífone antes de dirigirse directamente a Apolo con un dedo acusador—. ¡Ah, hijo de Zeus, eres un ladrón que nos ha robado a un matricida! Así actuáis siempre los dioses jóvenes, gobernando por capricho y de forma injusta, pisoteando si hace falta a divinidades más antiguas. ¿Consentirá este tribunal ese desprecio?

Apolo se revolvió en su estrado.

—Callad ya, y alejad vuestro aliento de venganza de nosotros. ¿Acaso son vuestras leyes mejores que las nuestras? Este mortal mató a su madre tras consultarme, y con ello lavó el delito cometido por esta. Esa mujer esperó a que su esposo regresara de Troya y, tras prepararle un baño, le cubrió la cabeza con un manto tejido para tal fin. Con premeditación, quiso así tapar los ojos de su víctima para evitar que esta descubriera el cuchillo que le daría muerte. ¿Por qué no perseguisteis a Clitemnestra entonces por su horrendo crimen?

—No nos corresponde a nosotras, pues solo castigamos los asesinatos entre parientes de sangre, no entre esposos.

—¿Y por qué no perseguisteis también a Agamenón, quien quiso sacrificar a su hija Ifigenia para poner la suerte a su favor en la guerra de Troya? ¿Es que acaso la sangre de una hija derramada por un padre tiene menos valor que la de Clitemnestra a manos de Orestes? Valor tenéis de privilegiar así a aquella a quien asesinó a su marido frente a quien solo ha querido vengarlo.

—El caso de Ifigenia, cuyo desenlace conoce vuestra hermana Ártemis, tampoco nos correspondía a nosotras... —contestó Tisífone volviendo a su estrado.

—Ah, vieja, ya veo que hay asesinatos por los que te enfadas y otros que te tomas con más calma —dijo el dios antes de lanzar una sonora carcajada—. Pues aquí está una diosa, de cuya justicia nadie duda, para arbitrar entre nosotros y resolver este entuerto. Atenea, tú que naciste de Zeus sin necesidad de una madre, engrandece tu ciudad y tu pueblo y resuelve esta disputa entre dioses de la que depende el futuro de un mortal.

La diosa, que había permanecido en silencio oyendo a los litigantes, se levantó, hizo un gesto para que todos se calmaran y tomó la palabra.

—Oídas las alegaciones de ambas partes, se manifiesta que este juicio no solo afecta a las acciones del mortal Orestes, sino que va más allá al poner en conflicto el poder de dos divinidades que han obrado cada una según las leyes correspondientes. Apolo autorizó la venganza, a la que Orestes se vio obligado y ahora el mortal sufre las consecuencias derivadas de las órdenes del dios —Atenea suspiró antes de proseguir—. Es para casos como este para los que se hace necesaria la existencia de un tribunal que determine quién lleva la razón, pues las leyes, aunque sabias y dictadas con conciencia, a veces entran en contradicción y bien puede determinarse aquí que todos habéis obrado en consecuencia a estas, mas nadie puede negar el funesto resultado que ha traído para este mortal seguir las normas. Sin embargo —dijo recogiendo su manto y acercándose a los atenienses—, la decisión de valorar si él debe seguir sufriendo el martirio de las vengadoras de su matricidio no me corresponde a mí. He promovido aquí la formación de un jurado, pues un problema de tamaña magnitud no debe resolverse según

el criterio de una única voz, sino con la suma de la mayoría. No soy yo, por tanto, quien ha de decidir el destino de Orestes, pues debe ser este pueblo aquí representado quien juzgue con la suma de sus votos lo que considere más justo.

Y dichas estas palabras, la diosa conminó a los doce jueces a que, tras tomar unos segundos de reflexión, se fueran acercando de uno en uno al estrado y depositaran un guijarro sobre una de las dos vasijas, para decantarse a favor de la liberación de Orestes o de su condena.

◦◦◦

Con la cabeza agachada, Orestes esperó a que los miembros del jurado fueran emitiendo su voto. Pensó en las palabras vertidas por las erinias y en la defensa que a su favor había hecho el dios Apolo, quien había asumido parte de la culpa. La suerte estaba echada para él y ahora solo debía esperar la decisión de los atenienses. Sin embargo, no podía dejar de pensar en un dato que habían revelado las erinias: la muerte de Ifigenia a manos de Agamenón. Este hecho, al que su madre, postrada a sus pies, había aludido a la hora de pedir clemencia, debía de haber ocurrido siendo él un recién nacido, justo antes de que su padre partiera para Troya. Orestes lo había descubierto en aquel momento, con el brazo alzado dispuesto a clavar el cuchillo sobre la carne de su madre, y aquellas palabras le habían hecho dudar. ¡Ifigenia! No recordaba a aquella hermana, y apenas había oído hablar de ella. ¿Por qué Electra jamás le había contado los detalles de su trágica muerte? ¿Por qué los heraldos que le había enviado desde Micenas para recordarle que tenía que vengar a Agamenón no habían mencionado nunca de ese hecho? ¿Por qué antes

de morir Clitemnestra había pronunciado su nombre? ¿Qué la había llevado a pedir clemencia evocando a Ifigenia? Si fuera cierto lo que se había dicho sobre el sacrificio de esta, Clitemnestra tal vez no había obrado de manera tan injusta asesinando a su marido. Quizás aquel asesinato no buscaba que Egisto se hiciera con el trono de Micenas, sino reparar el daño infligido a una hija. Y esa posibilidad eximía a su madre de toda culpa. ¿Mató entonces a alguien que había obrado como él?

Mientras los jueces deliberaban, Orestes pensó que, de ser cierto, aquel hecho convertía a Clitemnestra en una justiciera, una mujer que, tomando el papel que las leyes otorgaban a los hombres, se había armado de valor y había acuchillado a Agamenón dispuesta a vengar a su hija. ¿Qué había hecho entonces él al matarla? Si las palabras pronunciadas por su madre, y repetidas después en el juicio, eran ciertas, Clitemnestra no era una asesina, sino que era como él: una vengadora, víctima de las innobles leyes que castigaban los asesinatos con más sangre derramada.

Pero aquello no era posible. Había algo que no encajaba. Como bien había reprochado Apolo, la muerte de Ifigenia a manos de Agamenón hubiera desatado la ira de las erinias, quienes lo habrían tenido que perseguir hasta Troya, sacudiéndolo con sus látigos, oliendo el perfume de la sangre y silbando en sus oídos los cánticos que conducen a la locura. Si Agamenón hubiera matado a su hija, ¿cómo habría logrado librarse de aquel tormento que ni siquiera Apolo era capaz de mitigar? No, su padre no pudo asesinar a su hermana. Tenía que haber otra explicación. Pero ¿y si Clitemnestra así lo había creído?

3

El veredicto

Cuando allí, sentado en mitad del Areópago, Orestes separó las manos de su rostro, descubrió que ya habían pasado por el estrado diez de los doce miembros que formaban parte del tribunal elegido por Atenea. Miró entonces hacia la mesa que se encontraba tras la diosa, en la cual esta había colocado las vasijas que decidirían su futuro. Los jueces habían ido desfilando de uno en uno, por orden de edad, primero los más ancianos, y ahora correspondía a los dos más jóvenes emitir su voto. Atenea permanecía frente a ellos, serena, con toda su dignidad, evitando que Orestes pudiera identificar la decisión de cada juez y conocer el avance de la votación antes de que esta culminara. A pesar de que no veía lo que ocurría en la mesa, Orestes cerró los ojos y creyó oír el sonido de un guijarro golpeando a los otros tras el paso del undécimo miembro del jurado.

Consciente de la importancia de su gesto, el último de los jueces caminó con lentitud hacia el estrado, inclinó la cabeza

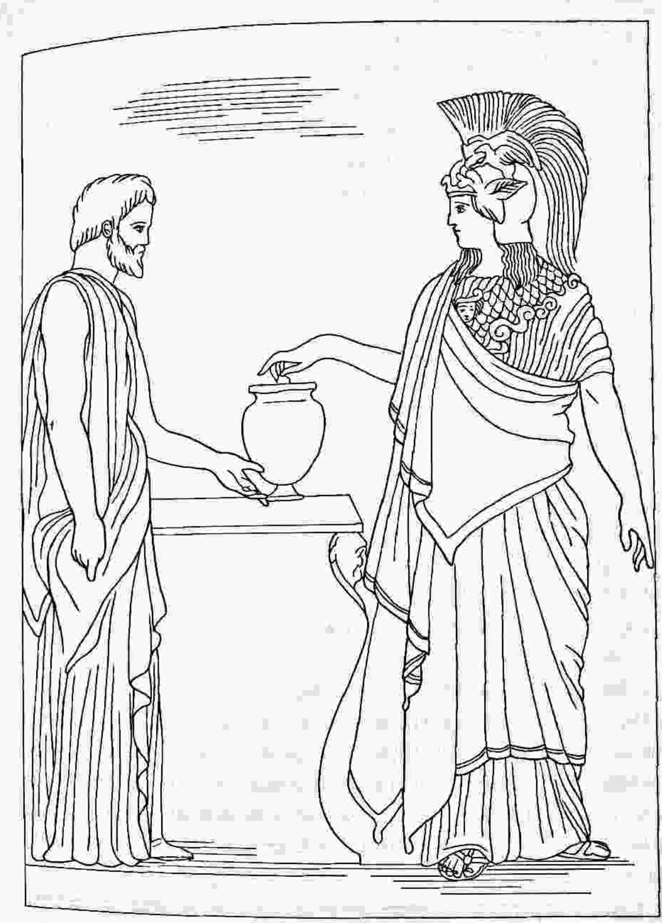
al pasar por delante de la diosa y, una vez frente a la vasija elegida, depositó su piedra, haciendo que el plato volviera a sonar. Cuando se hubo sentado de nuevo en el banco junto al resto de sus compañeros, Atenea ordenó tocar las trompetas y el salpinx para que todos guardaran silencio. Una vez calmado el murmullo, hizo un gesto para que Orestes se incorporara, tras lo que tomó la palabra dispuesta a desvelar el veredicto.

—Pueblo de Atenas —dijo la diosa apartándose del estrado y dejando ver la mesa—, este es el resultado del tribunal.

Todos contemplaron entonces que el contenido de las dos vasijas permanecía igualado, a la misma altura. Tras contar los votos, se estableció el empate, pues seis jueces habían votado a favor de liberar a Orestes del martirio al que lo sometían las erinias y otros seis, a favor de condenarlo a seguir sufriendo su persecución. Tisífone y sus hermanas clavaron la mirada en el acusado, apretaron y rechinaron los dientes, mientras Apolo contenía la respiración cerca de Orestes, que se encontraba desconcertado y no sabía a quién dirigirse. Sin dejar pasar más tiempo, Atenea se situó tras la mesa y se dirigió al tribunal.

—Habiendo empatado los votos de los atenienses, me corresponde a mí depositar la piedra que resolverá el juicio —dijo antes de hacer una breve pausa para reflexionar que a Orestes le pareció un siglo—. Añadiré mi voto a aquellos que defienden a Orestes, que será declarado absuelto del delito de sangre, pues este actuó por mandato de Apolo.

Orestes permitió que de sus ojos brotaran lágrimas de alegría, se dejó caer de rodillas al suelo y levantó sus manos al cielo en señal de liberación. Cerca de él, Apolo le sonrió



Atenea depositó en la vasija la piedra que deshizo el empate a favor de Orestes.

triunfal y, terminado el suplicio y el tormento, con un pequeño gesto de su mano hizo que el sol lo iluminara con un rayo. Sin embargo, la luz traída por el dios contrastó con la creciente oscuridad que se formó en el estrado de la acusación, donde las culebras que adornaban los cabellos de las erinias se despertaron de súbito, llenando el lugar con sus venenosos silbidos. Los doce miembros del jurado intentaron mantenerse firmes en sus puestos, pero el miedo inundó los ojos de los más jóvenes, mientras que el resto de los asistentes al juicio daba un paso atrás al ver cómo los ojos de aquellas monstruosas mujeres se inyectaban en sangre. Alanzando su huesuda mano, Alecto se arrancó el cabello mientras desencajaba su rostro, al mismo tiempo que Megera emitía un horripilante gemido que heló a los presentes. Tras mirar a varios miembros del tribunal que intentaban esconderse tras los árboles y bajo los bancos, Tisífone, presa de la ira, levantó su dedo contra Atenea y Apolo.

—¡Oh, jóvenes dioses! Habéis destruido las leyes antiguas al arrancar a ese hombre de mis manos. Mas yo así, deshonrada y mísera, dejaré caer sobre esta tierra el peso de la ira —dijo agitando su negro vestido para desplegar sus alas de murciélago—. Justo es que quien acoge a asesinos, viva empapado de sangre. Así será el destino de Atenas: las plagas se cebarán sobre este reino que protege a los criminales y envenenarán su tierra hasta hacerla yerma como represalia al ultraje al que nos habéis sometido.

Al oír la maldición vertida por la erinia, Atenea se apresuró a intentar calmarla para proteger, como tiempo atrás había prometido, a los habitantes de la ciudad de la que era patrona. Con un gesto autoritario, alzó su mano frente a Apolo e

impidió así que este se enfrentara a las furiosas acusadoras, mientras, envuelta en el ligero manto que caía sobre su peplo, caminaba hacia ellas. Sin retroceder, Tisífone, respaldada por sus hermanas, miró cara a cara a la diosa que, lejos de ofrecer una actitud amenazante, mostró su lado más conciliador.

—Te advertimos de que no nos someteríamos a los dioses olímpicos. No intentes ahora salvar a tu pueblo —le espetó la erinia—, pues es justo que sufra por vuestras decisiones, que no hacen sino alterar el orden establecido.

—No debéis quejaros ni sentiros humilladas —les dijo la diosa con amabilidad—, pues no habéis sido vencidas. El pueblo de Atenas os ha concedido la mitad de los votos, por lo que no merece que vomitéis sobre él vuestra pesada cólera. Mas tenéis razón a la hora de pedir una compensación.

Las erinias miraron a la diosa extrañadas, desconcertadas por el ofrecimiento que esta les hacía. De nuevo, Tisífone fue la encargada de hablar.

—Dinos tú qué puede ofrecer tu pueblo para resarcirnos de su afrenta.

La diosa dio unos pasos hacia los miembros del tribunal, que habían permanecido en silencio, presos del miedo, escondidos bajo los bancos. Se fijó entonces en el pánico que inundaba sus rostros y obtuvo la respuesta que estaba buscando.

—Mirad el semblante blanquecino y el temor que sienten estos hombres por vosotras, divinidades cuyo nombre ni siquiera se atreven a pronunciar para que no lo toméis como una invocación y os manifestéis ante ellos.

—Es natural que los criminales nos teman, pues los perseguimos sin descanso...

—¿Y también es natural que los hombres inocentes, aquellos que no han cometido delito ni pretenden cometerlo, también lo hagan? —repuso la diosa—. Vuestra presencia está asociada a la locura, al tormento y a la desgracia, y todo ello injustamente, pues vosotras no sois responsables de la ingrata labor que se os encomendó en el origen de los tiempos. ¿Acaso no sería de vuestro agrado que os veneraran bajo la admiración en lugar del miedo? —dijo con una sonrisa—. Entonces olvidad el castigo a esta tierra y yo os prometo que en ella tendréis una morada y un refugio. Se os erigirán altares, a los que acudirán con ofrendas los atenienses. Se os respetará y admirará como administradoras de justicia en los horrendos crímenes de sangre. Seguiréis ejerciendo el castigo contra los más terribles criminales, pero nadie que tenga la conciencia tranquila podrá temeros nunca más. Y como muestra de ello, ordeno que desde este momento se os venere en Atenas con el nombre de las euménides, las «benevolentes».

Tras la promesa de la diosa, Alecto y Megera acercaron sus rostros a Tisífone y, al igual que hacían cuando susurraban en la conciencia de sus perseguidos, silbaron su respuesta en los oídos de su hermana. De repente, las culebras volvieron a esconderse en sus cabellos y sus rostros parecieron serenarse. Tisífone volvió a tomar la palabra.

—Considera aceptada tu propuesta, hija de Zeus. Esta tierra vivirá el progreso que merece, si así saben mantenerlo sus ciudadanos, pues alejaremos de ella nuestra maldición y pondremos fin a la discordia que se ha generado aquí. Aceptemos cada una nuestro lugar. Tú llena así de felicidad a los hombres inocentes, pues nos encargaremos nosotras de que los culpables vivan entre lágrimas.

—Así sea —dijo la diosa, situada a la derecha de Apolo, quien asintió con la cabeza.

Aceptado el trato, las erinias agitaron sus túnicas y emprendieron el camino hacia la oscuridad, desapareciendo en medio de una gran nube de polvo negro, mientras todos los presentes respiraban aliviados.

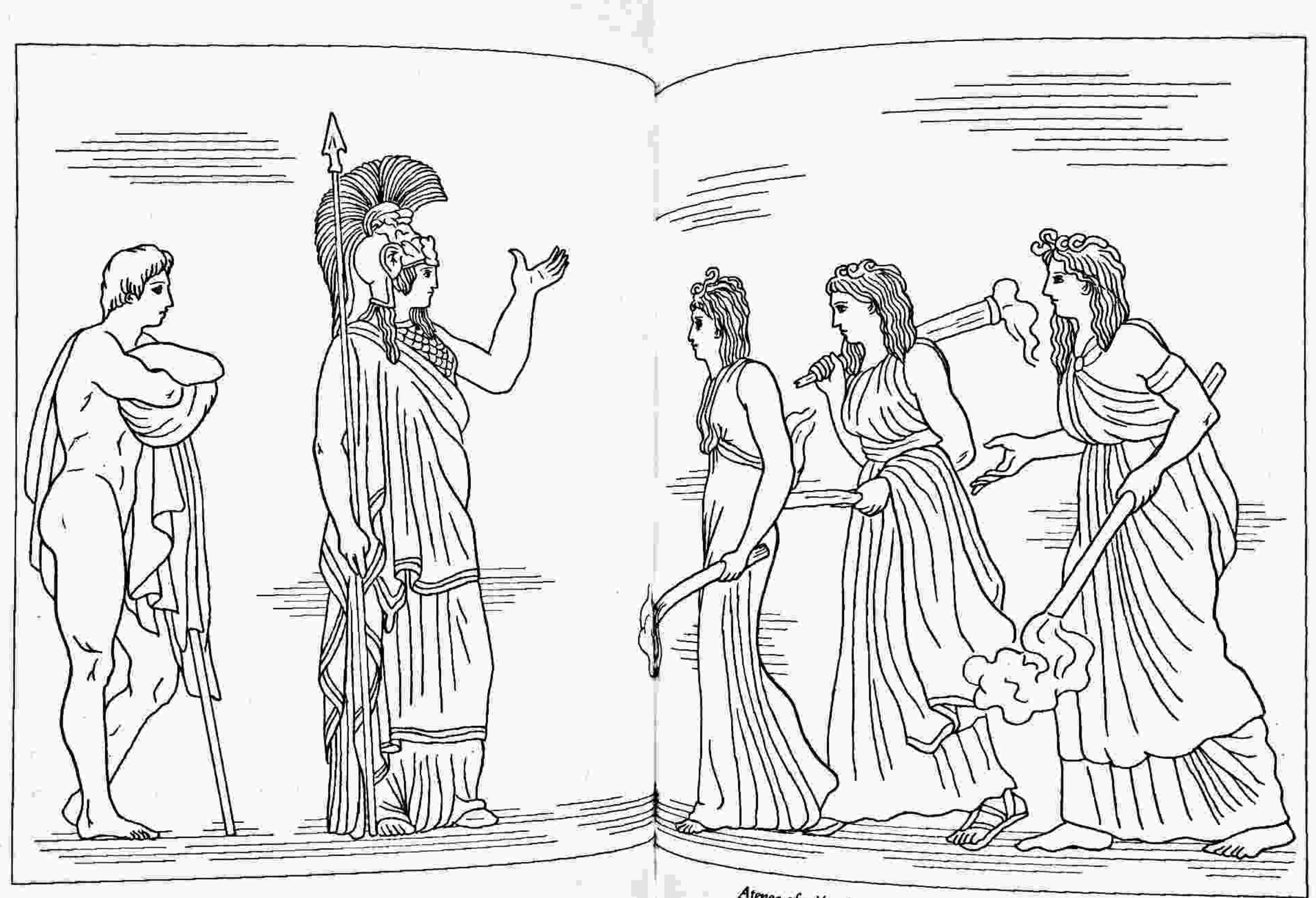
◇◇◇

Tras la marcha de las erinias, los miembros del tribunal volvieron a levantarse y el pueblo de Atenas, que había presenciado la causa, estalló en una gran algarabía. Pílades, que todo ese tiempo había permanecido entre los atenienses observando cómo transcurría el juicio, corrió a abrazar a su primo.

—¡Orestes, eres libre! —dijo mientras lo apretaba entre sus brazos y lo alzaba por los aires—. Regresaremos a Micenas o al reino de mi padre, donde quieras, sin que esos monstruos te atormenten más.

—Ojalá se hubieran llevado consigo el horrible recuerdo de la muerte de mi madre, amigo mío, pues me temo que, aunque ellas ya no me persigan, tendré que convivir con ese hecho, del que ningún hijo puede sentirse orgulloso —dijo Orestes—. ¿Oíste lo que dijeron sobre Ifigenia? ¿Crees que mi madre cometió su horrendo crimen como venganza?

Pílades intentó calmar la angustia que brotaba en el rostro de su primo, mas este insistió en que algo había en aquella historia que no acababa de encajar, que había algo que se les escapaba y que solo descubriendo ese detalle podrían saber por qué todo había sucedido de aquella manera. Tal vez volviendo a hablar con Electra podrían disipar sus dudas,



Atenea ofreció a las erinias una morada y un templo en la ciudad de Atenas.

aunque Orestes no confiaba en que esta dijera la verdad, pues la inquina que guardaba hacia su madre era tan grande como el amor ciego que sentía por su padre. El joven se mordió el puño, presa de la rabia que crecía en su interior.

—No te lamentes por desconocer lo que no está a tu alcance —le dijo su primo en tono tranquilizador—. Solo los dioses saben qué ocurrió, Orestes, y solamente depende de ellos elegir el momento de mostrártelo.

Orestes dio entonces la razón a Pílades con una amarga sonrisa y le sacudió sus rubios cabellos, como solía hacerle cuando eran pequeños y jugaban en el palacio de Estrofio. Ocupados en sus palabras, no repararon en que, a una distancia prudencial, Atenea permanecía atenta a la conversación. La diosa pudo sentir el dolor que había supuesto para Orestes verse obligado a asesinar a su madre y el hecho de que ni siquiera la venganza de su padre pudiera resarcirlo de la pena de haber cometido tal crimen. Pensó en que, aunque las erinias dejaran de mortificarlo, nada podría borrar la falta que el mortal había cometido y que permanecería como una mancha imborrable en su espíritu hasta el final de sus días. Consciente de que, si quería avanzar y liderar el progreso de la humanidad, Atenas debía dar un paso adelante, la diosa tomó la resolución de acabar con las viejas leyes que justifican barbaries como la cometida por aquel atormentado joven.

Mientras planeaban volver a casa, Orestes y Pílades vieron que los atenienses dejaban de hablar y que se situaban todos de pie mirando hacia un mismo punto. Al volverse hacia el lugar donde se concentraban, vieron que Atenea, irradiando una cálida luz, se dirigía a los presentes.

—¡Escuchad ahora la norma que instituyo, pueblo del Ática! Visto el resultado de este primer juicio, decido que este consejo de jueces permanecerá activo para siempre y se encargará de juzgar los delitos de sangre desde esta colina de Ares. Aquí tuvo lugar la derrota de las amazonas, cuando por odio a Teseo trajeron aquí la guerra, y aquí merece instaurarse un sistema que ponga fin a la venganza. Este tribunal será símbolo del triunfo de Atenas sobre la barbarie, algo de lo que no disponen ni los escitas ni las regiones de Pélope. Estos jueces, surgidos del pueblo y comprometidos bajo juramento, serán los encargados de poner fin mediante la razón y la arbitrariedad a la responsabilidad de los hijos de vengar a sus padres, así como a otros crímenes atroces de esta misma índole. Incorruptible, venerable y severo: tal es el consejo que establezco, guardián de la tierra, siempre vigilante por los que duermen.

Así, a partir de aquel momento, la diosa prohibió que se siguiera aplicando la justicia automática y dio orden de que todos los reos fueran sometidos a un juicio justo, determinado por los jueces, quienes, tras oír los argumentos a favor y en contra del acusado, lo condenarían o liberarían. Después de que los atenienses acataran su decisión, la diosa determinó también que, tal como ella había hecho con Orestes, en caso de empate en los votos de los jueces, primaría siempre la absolución del reo, dándose así prioridad a la misericordia sobre la severidad.

◇◇◇

Calmada la situación e instaurada la nueva justicia de Atenas, un rayo de luz iluminó el Areópago y la silueta de Apolo

se perfiló, majestuosa, ante los dos primos. El dios dirigió una cálida sonrisa a Orestes y, colocándole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Lamento minar tu alegría, pero créeme cuando digo que no confío en que esas viejas perversas, que incluso se niegan a someterse a Zeus, cumplan su palabra. Más te valdría asegurarte de que no vuelven y ganarte la protección de los atenienses, pues esta tierra se ha convertido gracias al pacto logrado por Atenea, en un lugar seguro.

Tras las palabras del dios de los oráculos, Orestes vio cómo su alegría se tornaba en preocupación. La posibilidad de que las erinias volviesen le heló la sangre, por lo que se mostró dispuesto a hacer cualquier cosa que garantizara que estas no regresarían y así se lo manifestó al dios tras postrarse a sus pies. Apolo reflexionó un momento.

—Hay una misión que debes llevar a cabo, pues veo que al cumplirla no solo encontrarás la forma de agradecer a los atenienses que te hayan absuelto, sino que tú mismo hallarás en su cumplimiento un motivo de dicha.

Sorprendido por aquella profética revelación, Orestes quiso saber más, por lo que Apolo prosiguió:

—Existe en los confines de la Táuride una estatua de mi hermana, la diosa Ártemis, que un día descendió del cielo para posarse sobre un pedestal. Los tauros, el pueblo escita que habita aquella región, la veneran en un templo y, para protegerla del robo, obligan a una sacerdotisa a sacrificar ante ella a cuanto varón extranjero cruza sus fronteras. Debes ir allí, recuperar la estatua y traerla a Atenas, pues con ello se evitará más derramamiento de sangre en esos rituales bárbaros y las erinias al fin podrán perdonarte.

Orestes prometió que así lo haría y quiso agradecer de nuevo al dios su ayuda, mas, cuando se inclinó ante él, este desapareció. El joven levantó la cabeza y observó que, en ese instante, el sol se ponía tras las colinas, tiñendo el cielo de un color anaranjado. Frente a él, se encontraba su primo, quien también había oído las palabras de Apolo.

—¿Y bien? ¿A qué esperamos? No hay tiempo que perder.

4

El país de los tauros

Cuando el navío surcó las olas que combaten en el estrecho formado por las rocas Simplégades, Orestes supo que no tardarían en llegar a la Táuride. Desde la cubierta, aquella región de los escitas, tan lejos de Micenas, no parecía tan inhóspita, si bien las montañas que llegaban hasta la costa, plagada de escarpados acantilados salpicados por la espuma del mar, le conferían un aspecto temible e imponente. Orestes miró a Pílades, quien había permanecido siempre a su lado, y ambos se sonrieron, conscientes de que, si todo salía bien, aquella sería su última aventura.

—Pronto llegaremos a una de esas calas, donde ordenaré a los marineros que atraquen y permanezcan allí escondidos, con las velas plegadas, mientras nosotros caminamos hasta la ciudad —le dijo a Pílades señalando las pequeñas playas que se abrían en la orilla, hasta donde casi llegaban frondosos bosques de pinos.

—¿Robaremos la estatua los dos solos?

—Es la mejor manera de no levantar sospechas. La escultura pesa poco, pues es de madera y mide apenas tres palmos. Yendo solos tú y yo podremos pasar desapercibidos. Ya conoces la suerte que corren los extranjeros en estas tierras. Si los tauros nos encuentran, nos sacrificarán ante la diosa. Será más seguro para los marineros permanecer en el mar, fuera del reino de Toante.

Al ver que los vientos empujaban con fuerza la nave, Orestes se separó de su primo y trepó por el mástil central con gran agilidad. Agarrándose con fuerza a una maroma para no caerse por el vendaval, colocó la palma de la mano sobre su frente para protegerse del sol, fijó la mirada en las manchas oscuras que se percibían bajo el agua cerca de la costa y buscó un paso en el que no se apreciara la presencia de rocas. Cuando lo hubo localizado, dio una orden al marinero que sostenía el timón, que lo giró con suavidad para modificar el rumbo en la dirección indicada. Orestes bajó entonces dando un gran salto, tras el que aterrizó en cubierta dando un pequeño traspiés. De manera instintiva, se agarró a uno de los aparejos y, ensimismado, se secó el sudor que le corría por el cuello. Al percibir su preocupación, Pílades se acercó, colocó la mano sobre el hombro de su primo y le preguntó si estaba bien, temeroso de que hubieran vuelto a aparecer las horribles sombras que lo habían estado atormentando durante tanto tiempo.

—¿Y ellas? ¿Han vuelto?

—Aún no... Al menos no desde que salimos del Ática. Pero siento que, como sospecha Apolo, que todo lo ve, no acatarán la sentencia y pronto vendrán a buscarme.

—No te preocupes. Regresaremos a Atenas con esa estatua antes de que puedan encontrarte otra vez —dijo para animar a su primo.

Los marineros replegaron las velas y remaron hasta el lugar indicado. El navío quedó así anclado a resguardo de las olas, cerca de los acantilados, mientras Orestes y Pílades se dirigían en un pequeño bote hasta la orilla. Después de unos minutos, superaron el rompeolas y pusieron el primer pie en la arena. Ambos empujaron la barcaza hasta dejarla varada detrás de unas enormes rocas a las que, según calcularon, aún tardaría en alcanzar la marea. Tras recuperar el resuello, Pílades oteó el bosque que se abría a unos pasos de donde estaban y localizó un pequeño sendero que se adentraba en la maleza y que, como podía apreciar el joven, terminaba en un pequeño altiplano.

—Debe de conducir directamente a la ciudad —dijo observando que continuaba colina arriba—. Vayamos por allí.

Orestes lo siguió sin percatarse de que, un poco más allá, situados en un saliente, un grupo de cuatro boyeros que conducían su ganado los observaban.

◇◇◇

Se toparon de bruces con las vacas nada más alcanzar la cima del monte. Sin apenas tener tiempo para reaccionar, exhaustos por la subida montaña arriba, Orestes y Pílades se vieron rodeados por un rebaño de becerras y toros que, conducidos por cuatro pastores, les cerraron el paso en la pequeña meseta que habían visto desde la playa. Al revolverse para intentar esquivar los amenazantes cuernos que habían aparecido ante sus cabezas, el polvo levantado por las reses se introdujo en

los pulmones de los jóvenes, que mientras tosían lograron distinguir en la nube de arena un par de figuras que se acercaban. De nada servía intentar huir, pues se encontraban en medio de la vacada, cuidándose de no ser enganchados por las astas, golpeados por los lomos de las bestias, que los empujaban contra otras becerras. Orestes sintió el mugido de una de ellas en su oído y se revolvió nervioso mientras intentaba localizar a Pílades, que se había separado de él.

—¿De dónde salís, forasteros? —dijo el mayor de los boyeros en lengua escita, azotando a una de las becerras con una rama de olivo para que se apartara de los recién llegados.

—Somos marineros, náufragos que tras días a la deriva hemos llegado a la costa y caminado durante horas hasta llegar aquí —gritó Pílades entre la polvareda.

—¿Y no sabéis dónde os halláis? —preguntó en griego otro de los vaqueros, a lo que ambos negaron con la cabeza—. Estáis en la tierra de los tauros, en las afueras de la ciudad gobernada por Toante.

—Tal vez podéis indicarnos cómo llegar hasta allí para que puedan ayudarnos.

El que parecía más joven de todos, se los quedó mirando extrañado, como si no alcanzara a comprender lo que decían, mientras los otros tres apartaban las vacas, reconduciéndolas hacia la cañada que se abría a sus espaldas. Una vez todas las reses estuvieron de nuevo juntas, los cuatro boyeros rodearon a Orestes y Pílades. Los jóvenes se fijaron en sus fornidas piernas, acostumbradas a largas caminatas por terrenos escarpados, y en su piel curtida por el sol, del que se resguardaban con unos pequeños gorros de tela, similares a los pétasos que habían visto utilizar en algunas regiones griegas.

Pílades miró de soslayo a su primo, quien pronto interpretó su mirada. Sabía perfectamente lo que este quería proponerle. Pero, sin que los vaqueros lo percibieran, le hizo un gesto para que desistiera. Aquellos hombres conocían esas tierras como la palma de su mano. Eran fuertes y los superaban en número. No había forma de huir con éxito de allí sin que los alcanzaran de inmediato.

—¿Aún no sabéis la suerte que corren los forasteros en esta región? —dijo de nuevo el mayor, a quien Orestes distinguió como el capataz, pues llevaba una corneta—. ¿Acaso no habéis oído hablar del grandioso templo consagrado a la diosa Ártemis?

Orestes y Pílades fingieron no saber de qué les estaban hablando y se encogieron de hombros.

—Si es cierto que allí hay un templo dedicado a la diosa, tal vez orando en él esta se apiade de nosotros y nos ayude a regresar pronto a casa.

El capataz se quedó callado un instante, antes de mirar a sus compañeros con un gesto de preocupación, que se contagió entre ellos. Cuando dejaron de mirarse unos a otros, el más alto de ellos se desató un odre de agua que llevaba sujeto a la espalda y se lo lanzó a Pílades, que lo cogió al vuelo. Tras beber un largo sorbo, este se lo pasó a Orestes, que agradeció el detalle de los boyeros y, tras llenarse el buche y escupir al suelo para eliminar el polvo de su garganta, se lo devolvió. Notablemente preocupado, el capataz se acercó a ellos seguido por los otros tres.

—¡Funesto destino el que os aguarda, extranjeros! Tenemos la obligación de llevaros al templo, pues desde hace años cualquiera que encuentre a forasteros en estas tierras

debe apresarlos y conducirlos ante Toante y la sacerdotisa, quien tiene por mandato darles muerte frente a la estatua de Ártemis —dijo antes de hacer una pausa en la que sostuvo la mirada de Orestes—. Mas sabed que muchos tauros creemos que ya se ha derramado demasiada sangre inocente... —suspiró antes de beber un trago—. Parecéis buenos hombres, y a saber por qué los dioses han querido que lleguéis a esta tierra.

Los ojos de los boyeros brillaron ligeramente, y Orestes pudo percibir la sinceridad y la bondad que había en ellos. Pero, de repente, intuyó entre el polvo levantado por el ganado la sombra de tres viejas conocidas que arrastraban sus pies por el suelo, cubiertas con amplios vestidos negros, arrastrando sus látigos y desplegando a cada paso sus amplias alas de murciélago. Intentando mantener la calma, sin querer mirar hacia donde comenzaban a hacerse más nítidas las figuras, el joven aceleró su respuesta.

—Agradezco la sinceridad de tus palabras, mas no quisiera que vuestra vida corriera peligro al faltar a las leyes de vuestra patria. ¡Llevadnos enseguida, antes de que nos encuentren! Si a esta tierra escita hemos llegado por mandato de los dioses, solo ellos podrán ordenar nuestro regreso. Si debéis apresarnos —dijo dando un paso al frente y ofreciendo sus muñecas—, hacedlo y llevadnos pronto ante vuestro rey.

Desconcertado por la reacción de su primo, Pílades guardó silencio, mientras el capataz miraba a Orestes, que parecía cada vez más nervioso.

—Noble es la intención, aunque no quisiera pensar en la muerte que os aguarda...

—¡Pienso en algo peor que en la muerte! ¡Llevadnos ya, os lo ruego! —gritó entonces el joven con la mirada perdida



Los tauros creían que se había derramado demasiada sangre en honor a Ártemis.

y los ojos a punto de salirse de las órbitas, clavados en algún lugar del camino.

Los cuatro boyeros se volvieron hacia el lugar donde el joven tenía la mirada, pero solo alcanzaron a ver la cañada, vacía y polvorienta. Cuando se volvieron de nuevo, Orestes estaba de rodillas en el suelo, tapándose los oídos, preso de la desesperación, buscando refugio entre las patas del ganado. Pílades, que reconoció la expresión de locura que tantas veces había visto en la cara de su primo, entendió lo que le ocurría e intentó calmarlo sujetándolo por el quitón.

—Son ellas, ¿verdad? ¡Están aquí de nuevo!

Mientras los pastores tranquilizaban al ganado, exaltado por los crecientes gritos de Orestes, el capataz se acercó a los jóvenes y trató de disuadirlos para que tomaran otra decisión y huyeran de allí. Pero Pílades le pidió que los atara cuanto antes y los llevara ante el rey. Consciente de que no podía decir nada que les hiciera cambiar de parecer, el jefe de los boyeros dio orden a sus hombres de que les ligaran las manos con una de las sogas con que ataban las reses. Y así, prendidos y delante de una vacada, Orestes y Pílades fueron conducidos ante Toante.

∞

El palacio del rey de los tauros no se parecía al de Micenas, donde Orestes había dado muerte a su madre, ni a aquel de Cirra en el que ambos jóvenes se habían criado. A las puertas del gran edificio donde los entregaron los boyeros, y bajo una columnata de piedra, Orestes y Pílades aguardaron a pleno sol a que los soldados los condujeran a presencia del rey. No tardaron mucho tiempo en volver a por ellos. Seguidos de varios guardias armados con escudos, lanzas y espadas, los dos jóvenes caminaron por estrechos pasillos formados por toscos bloques de piedra y adobe, rematados con techumbres de madera, hasta que alcanzaron una pequeña sala donde permanecieron un buen rato frente a unas grandes puertas de bronce, decoradas con toscos relieves. Ante el silencio de su primo, Pílades, notablemente preocupado, se atrevió a preguntar:

—¿Están aquí?

—Aún no, pero se acercan. Las he visto bajar por la cañada, con sus cabellos llenos de serpientes, olfateando el olor de la tierra empapada en sangre que dejan mis huellas allá donde camino. Tenemos que conseguir esa estatua cuanto antes...

—¿Y cómo lo lograremos ahora? No creo que el rey nos deje marchar —preguntó Pilades, consciente de que cada vez se hacía más difícil salir indemne de aquellas circunstancias.

—Tranquilo, compañero. Si son los tauros hombres de palabra, nos conducirán directamente al templo donde se encuentra la estatua de Ártemis y así estaremos más cerca de nuestro objetivo. Una vez allí, buscaremos la forma de zafarnos de estas ligaduras antes de que mis perseguidoras me encuentren.

—¿Ese es tu plan? ¡Vamos derechos a una muerte segura! —se lamentó el hijo de Estrofio.

Orestes intentó buscar una respuesta que lo calmara, mas no halló ninguna que lo satisficiera. Su primo tenía razón: aquel viaje había sido una locura y sin un plan que les permitiera huir de allí con la estatua, lo tendrían muy difícil. Cuando se encontraba dispuesto a replicar a Pílades, se

abrieron las inmensas puertas de bronce y apareció Toante, cubierto por una amplia túnica granate y acompañado de dos miembros de su séquito.

—¿Y bien, extranjeros? ¿De dónde venís? —preguntó en lengua griega nada más verlos, pues por su vestuario y el informe que le habían pasado sus guardias intuía su procedencia.

—Venimos en largo viaje de la noble Atenas, mas somos súbditos de la Fócide —dijo Orestes agachando la cabeza—. Llegamos a este reino para honrar a Ártemis.

—¡Bien podéis decirlo! —exclamó el rey con una sonrisa en el rostro—. ¿Acaso no sabéis que todo forastero que cruce nuestras fronteras debe ser sacrificado por mandato divino? Hace casi dos décadas la diosa nos envió a una joven extranjera, a la que había logrado salvar de morir asesinada a manos de su padre, y nos ordenó erigir un templo para llevar a cabo los sacrificios. Convertida en sacerdotisa, esa mujer se encarga de derramar en honor de Ártemis la sangre de todo el que, como vosotros, se atreve a llegar a esta tierra —les explicó, como solía hacer con todos los recién llegados, pues disfrutaba viendo el terror en sus ojos—. Con una espada da muerte a los forasteros, que después son inmolados en el fuego sagrado, pues solo con estos sacrificios la diosa sigue protegiendo esta tierra.

—No tememos la muerte —dijo Orestes, respaldado como siempre por su primo.

Toante frunció los labios ante aquella respuesta y se mesó la larga barba que caía sobre su túnica bordada, antes de soltar una sonora carcajada que retumbó por toda la estancia.

—Pues entonces, no alarguemos más tiempo vuestro encuentro con ella —sentenció el rey, defraudado por no haber podido minar con sus palabras el valor que mostraban los recién llegados.

Acto seguido, dio orden a sus guardias de que condujeran a los presos al templo y los pusieran a disposición de la sacerdotisa.

◊◊◊

De camino al patíbulo, mientras los guardias los conminaban a acelerar el paso, Orestes y Pílades observaron con horror los exvotos que adornaban las cornisas del imponente templo de Ártemis. Una escalinata conducía al emplazamiento de piedra donde debían llevarse a cabo los sacrificios, cerca de una gran superficie al aire libre, rodeada de arena, donde se entrelazaban ramas y troncos, formando una pira. El lugar olía a hollín y muerte, a sangre inocente derramada sin piedad en honor a la barbarie. Los jóvenes, con las muñecas ligadas a la altura del ombligo, caminaron al ritmo que marcaban los guardias, quienes parecían tener prisa por acabar con ellos antes del atardecer. De aquí y allá, rematando las columnas que sostenían la techumbre a dos aguas, pendían cráneos humanos, ennegrecidos por efecto del fuego con que habían sido calcinados. Pílades los miró horrorizado, mientras Orestes intentaba que ningún elemento lo distrajera del plan que urdía en su cabeza. Durante todo el trayecto había intentado sin éxito hallar la forma de escapar, pero el desconocimiento del lugar y de lo que iba a acontecer le habían hecho desistir y apostarlo todo a la suerte, pues de nada servían los planes ante lo desconocido: tan solo una oportunidad bien aprovechada podía sacarlos de allí.

Los guardias los condujeron al interior del templo y les ordenaron que permanecieran en silencio a que llegara la sacerdoti-

sa, mientras ellos custodiaban la puerta. Tal vez, aquel era el momento propicio para huir, pensó Orestes, pero ¿cómo lograrlo atados como estaban y con aquellos soldados bloqueando la salida? Miró entonces al techo, buscando el lugar por donde penetraba la luz que iluminaba la sala y pronto halló un pequeño óculo que se abría entre las tejas. Absorto en sus pensamientos, tardó unos segundos en oír los susurros de Pílades, quien llamaba su atención y le hacía un gesto con la cabeza, alzando las cejas y los ojos como si se le fueran a escapar de las órbitas.

—¡Mira: allí! ¡En aquel pedestal, bajo la madera!

El rostro de Orestes pareció iluminarse al ver el lugar que le señalaba su amigo. Allí, bajo un pequeño baldaquino de cuatro columnas, se hallaba, majestuosa, la estatua de Ártemis. La escultura de la diosa cazadora, a quien iban a consagrar sus vidas, medía, como habían previsto, unos tres palmos y, al menos en apariencia, no resultaba pesada. Los dos jóvenes se acercaron a la figura y, alzando como pudieron las muñecas ligadas, la tocaron con admiración. La madera estaba tan bien pulida que les pareció estar acariciando la piel de la propia diosa, que los miraba hierática, con las manos separadas, como si quisiera acogerlos en sus brazos. Sobre su cabeza llevaba una amplia diadema, su pecho se hallaba cubierto de motivos vegetales y su falda, tallada en forma de cilindro, mostraba figuras de ciervos, jabalíes y otros animales de caza que la diosa protegía. Separando como pudo las manos, que llevaba unidas por las muñecas con una cuerda, Orestes alcanzó a sujetarla y la levantó ligeramente antes de oír una voz femenina detrás de él.

—¡Suelta a la diosa, ingrato! ¡No te atrevas a mancillar con tus sucias manos el cuerpo virgen de nuestra protectora!

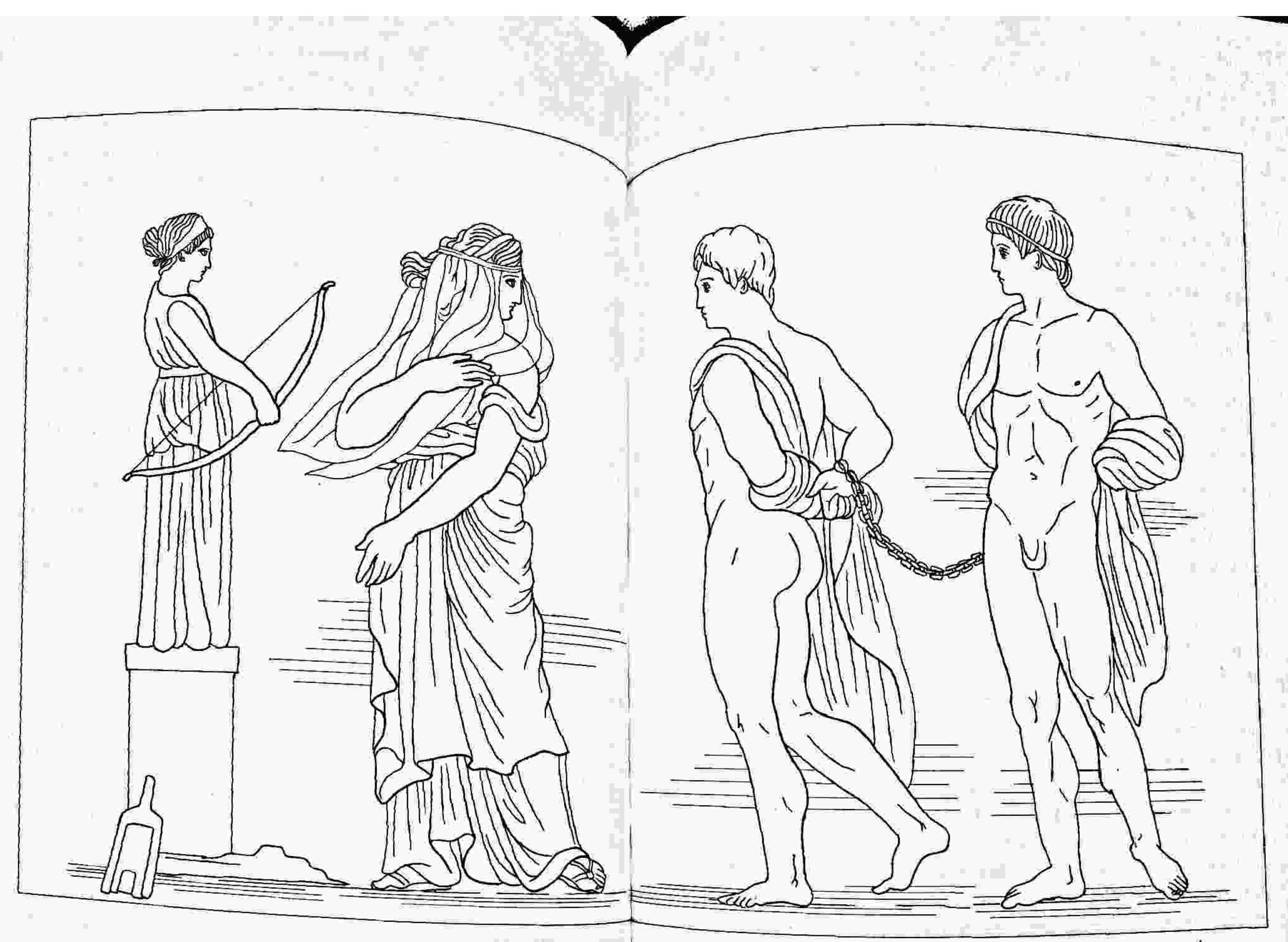
Orestes soltó la estatua y, junto con Pílades, se volvió hacia el lugar de donde provenía el grito. Allí, delante de ellos, se encontraba la sacerdotisa del templo, ataviada con un delicado peplo rosa y la cabeza cubierta con un amplio velo que apenas dejaba percibir su rostro. Orestes buscó sus ojos a través de la gasa, pero esta rehuyó su mirada, ocupada como estaba en comprobar que la estatua no hubiera sufrido ningún daño.

—¿Cómo osas tocarla, extranjero? —le dijo la mujer, visiblemente malhumorada mientras dejaba la escultura de nuevo en su pedestal—. ¿Es que en vuestro reino no os enseñan a respetar a los dioses?

La sacerdotisa no les dejó responder, pues acto seguido, llamó a los guardias y dio orden de que los desataran, al pisar el templo habían dejado de ser presos para pasar a convertirse en víctimas sagradas y, como tales, no debían permanecer ligados. Mientras los soldados cortaban las sogas, Orestes y Pílades se miraron de reojo, se acariciaron las muñecas magulladas y esbozaron una imperceptible sonrisa. Con un gesto autoritario, la sacerdotisa les señaló el lugar donde debían situarse y los dos jóvenes, obedientes, dieron unos pasos hasta quedar entre dos blancas columnas. Orestes observó que estas se oscurecían en la parte inferior, cerca de la base, y se estremeció al pensar que aquellas manchas negras que salpicaban la piedra no eran más que la sangre de los forasteros que habían sido sacrificados allí durante años. La sacerdotisa percibió el miedo en sus ojos.

—No temáis, pues aún no es vuestra hora. Decidme, desventurados forasteros, ¿de qué tierra venís?

—Venimos de la Fócide, donde hemos crecido, si bien yo nací en Micenas —respondió Orestes.



La sacerdotisa alejó a Orestes y Pílades de la sagrada estatua de Ártemis.

—¡Micenas! —exclamó la sacerdotisa, con el rostro iluminado bajo el velo—. ¡Alabados sean los dioses que responden al fin a mis plegarias! ¡Contadme, forastero, qué ha sido del reino de Agamenón!

Orestes se sorprendió por la reacción de aquella mujer y por la petición que le hacía, formulada en lengua griega y con un acento que al joven le pareció muy cercano.

—Dominas el griego, e incluso hablas con el acento de la Argólida. ¿Es que acaso conoces Micenas?

—Allí nací, antes de morir y ser confinada a estas tierras —dijo dejando estupefactos a los dos jóvenes—. Todas las que servimos a Ártemis en este templo somos griegas, aunque al consagrar nuestra vida a la diosa, debemos olvidar nuestro origen. ¡Cuántas veces me he visto en el dilema de servir a Toante o a mi vieja patria al tener que ordenar la muerte de los aqueos recién llegados! Pero soy yo quien debe preguntar —dijo al percatarse de que estaba hablando demasiado—, así que dime, forastero: ¿Qué ha pasado en aquellas tierras? ¿Por qué hablas en pasado de su rey? ¿Acaso no regresó de Troya?

—Lo hizo, no fue en aquella tierra donde tuvieron lugar sus últimos días —dijo Orestes sorprendido por la emoción que de manera infructuosa intentaba ocultar la sacerdotisa—. Agamenón regresó de la guerra y recuperó su trono, pero la suerte no lo acompañó mucho más tiempo, pues murió a manos de su esposa Clitemnestra, quien conjuró en su contra como represalia por la muerte de su hija. Mas su crimen no quedó impune, pues ella y su amante también recibieron muerte en una venganza urdida por su hijo, quien con dureza ha sufrido las consecuencias de sus actos.

La sacerdotisa no pudo evitar que un corto gemido escapara de su garganta al oír aquellas noticias y, para evitar que los forasteros intuyeran la pena que inundaba su rostro y las lágrimas que empezaban a mojar el velo, les dio la espalda y continuó hablando sin mirarlos:

—Durante largo tiempo habéis navegado hasta esta tierra y por largo tiempo, para siempre, vais a estar bajo tierra lejos de vuestra patria —prosiguió al fin dejando a un lado los sollozos—. Pero no correréis el mismo destino si yo puedo evitarlo y vosotros aceptáis el trato que os propongo. Tú —dijo la sacerdotisa señalando a Pílades— morirás en este templo, pero tú —dijo dirigiéndose a Orestes— salvarás tu vida si te comprometes a volver a Micenas para llevar un mensaje, que escribiré en una tablilla y que entregarás en el palacio.

Los dos amigos, que ya se habían hecho a la idea de que serían sacrificados allí mismo, se miraron sorprendidos por la propuesta de aquella misteriosa mujer. Sin grandes aspavientos, comenzaron a hacer muecas mientras ella seguía hablando. Pílades asentía con la cabeza y señalaba tímidamente la estatua de Ártemis, intentando mostrar su determinación a morir para que su amigo pudiera robar la figura, regresar luego a Atenas y poner fin a la locura que lo atormentaba. Pero Orestes, que leía la intención en los labios de su primo, no estaba dispuesto a que aquel a quien quería como a un hermano sacrificara su vida para que él pudiera salvarse. Antes de que la sacerdotisa los oyera cuchichear, alzó la voz y la interrumpió.

—No, servidora de Ártemis. No será como propones. Solo aceptaremos el trato si tú aceptas cambiar mi vida por la de mi compañero.

Al oír estas palabras, la mujer se volvió hacia ellos, dejando que el aire agitara su velo, tras el que Orestes contempló por primera vez su rostro. Gracias a la luz que penetraba por el óculo y al viento que por un instante dejó suspendida la gasa, el joven pudo mirarla a los ojos, que le recordaron a los de otras muchachas de su tierra. El brillo de sus pupilas, el color de sus iris, la tez sonrosada, la forma de la nariz rectilínea y la carnosidad de los labios hicieron aparecer de súbito e inesperadamente en su memoria la imagen de su hermana Electra.

Con gran nerviosismo, la sacerdotisa se apresuró en cubrirse mientras Orestes se reafirmaba en su idea: sí, debía ser Pílades, y no él, quien volviera a casa. No importaba ya la estatua, pues con la muerte se libraría de la angustiosa amenaza de las erinias. Su amigo, que había sido su fiel compañero durante todas sus penurias, quedaría por fin libre. Tan solo le pediría un último favor: que cuando volviera a Micenas con el mensaje de la sacerdotisa, diera la noticia a Electra y a Crisótemis de su muerte.

—¿Qué quieres decir, forastero? —preguntó la mujer terminando de ajustarse el velo sujetándolo con firmeza para que el caprichoso viento no volviera a levantarlo.

—No le hagas caso, pues soy yo a quien has elegido para morir y así debe hacerse —se adelantó Pílades con un paso al frente.

—¡No! —gritó Orestes sujetando a su amigo por el antebrazo y dirigiéndose a la mujer—. ¡Te lo ruego! Soy yo quien transporta el peso de la desgracia y quien le ha metido en esto. No sería justo que cargara con la muerte y que yo, que soy el responsable de todo, me librara del mal. Entrégale

a él la tablilla, pues es hombre de palabra y la hará llegar a su destino, aunque le vaya la vida en ello.

—Noble es tu carácter, argivo. Sería indigno salvarse uno mismo si como dices has puesto a tu amigo en situación desgraciada. ¿Estás seguro de tu decisión?

—Sí —dijo mirando a los ojos a Pílades mientras sentía crecer el orgullo en su interior—. Deseo que él viva antes que yo mismo.

—Entonces, así sea. Yo informaré al rey de mi decisión y lo convenceré de que basta la sangre de uno de vosotros para calmar a la diosa. Para que acepte mi petición —dijo dirigiéndose a Pílades—, diré que te envío a recorrer el mundo para contar la suerte que corren los extranjeros en la Táuride.

Orestes abrazó a su amigo y, acto seguido, la sacerdotisa ordenó a los guardias que separaran a los presos y prepararan todo lo necesario para llevar a cabo el ritual lo antes posible.

◦◦◦

A la espera de que prepararan el altar de Ártemis donde iba a llevarse a cabo el sacrificio, Orestes sintió que los nervios crecían en su estómago. Después de tantas aventuras en las que se había visto envuelto para satisfacer a los dioses, su vida llegaría pronto a su fin. Los guardias le habían permitido comer unas piezas de fruta antes de bañarse con el agua traída del río por un par de doncellas, que la habían vertido en una pequeña piscina en la que el reo había podido sumergirse un buen rato. Bajo el agua, había repasado su historia: su niñez en Micenas y su infancia en la Fócide, su periplo hacia Delfos, donde Apolo lo había conminado a llevar a cabo el asesinato de Clitemnestra y su padrastro, la

persecución a la que se había visto sometido y de la que ni el juicio de Atenea le había podido liberar. Y allí, sumergido, parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Orestes sacó sus manos y las observó con cuidado. Por mandato de los dioses había asesinado, y por los dioses había estado a punto de convertirse en ladrón. Él, que era hijo de reyes, se había visto obligado a tales desagravios, pero qué importaba ya. Pronto todo llegaría a su fin y de una vez por todas podría descansar tranquilo.

Salió del agua y se vistió con la túnica blanca que habían dispuesto para él, similar a las que lucía en la Fócide cuando asistía a alguna celebración importante en el palacio de Estrofio. Ciñó el cíngulo a su cintura y se sentó, descalzo, a esperar a que los guardianes fueran a buscarlo. Sonrió amargamente mientras afrontaba el destino que se le venía encima y pronto encontró algo de consuelo al pensar que, al menos, se enfrentaría a la muerte solo, sin Pílades, quien, gracias a su sacrificio y a la concesión de aquella extraña mujer que cuidaba el templo, podría regresar a su patria.

Los guardias enviados por Toante irrumpieron en la habitación y le ordenaron que se pusiera en pie. Sin ligarle las muñecas, lo condujeron al altar del templo de Ártemis, que había sido adornado con flores recién cortadas, lirios, caléndulas y hojas de olivo. Un gran número de tauros se encontraba reunido en la explanada, charlando animosamente, a la espera de que llevaran al reo. Conforme se acercaba, Orestes vio que guardaban silencio y que, cerca del público, Toante permanecía sentado en su trono, situado sobre una tarima de madera. De algún lugar cercano prevenía el sonido de una flauta y, junto a la escalinata por la que se accedía al templo,

unos pebeteros exhibían pequeñas llamas que temblaban por efecto de la brisa. Orestes no tuvo miedo al contemplar su patíbulo. No reaccionó cuando lo obligaron a arrodillarse ante la estatua de la diosa ni cuando le ordenaron agachar la cabeza. Con la vista clavada en el suelo pudo intuir que, a unos pasos de él, la inmensa pira sobre la que sería incinerado estaba siendo rellenada con paja para que ardiera más deprisa.

Percibió entonces la voz de la sacerdotisa y levantó ligeramente la cabeza hasta localizarla junto a la puerta. Llevaba un peplo negro y el cabello recogido bajo un velo también oscuro. La vio hablar con Pílades que, fingiendo mostrar atención, miró en un par de ocasiones a su amigo. Orestes leyó en sus ojos que no estaba dispuesto a abandonarlo. Vio entonces cómo la sacerdotisa le entregaba una tablilla y daba órdenes a los guardias para que lo acompañaran hasta el altar, donde lo situaron al lado de Orestes. Al pasar por su lado, le oyó susurrar que iba a sacarlo de allí.

Sin más preliminares que una serie de cánticos, la sacerdotisa se acercó al altar y, tras comprobar que todo estaba en su sitio, comenzó el ritual.

—Oh, Ártemis, venimos hoy a honrarte con la sangre de este extranjero, que será derramada en tu honor para que cuides de esta tierra y de sus habitantes.

Entonces, tras protegerse la mano con un paño, la sacerdotisa se acercó a uno de los pebeteros y extrajo con unas pinzas de hierro un tizón candente que apagó con pericia en una tinaja de agua, de donde salió un ligero humo blanco. Introdujo después en ella un manojo de hisopos y, tras sacarlo empapado, roció a Orestes, que, postrado a sus pies, sintió las gotas caer en su pelo.

—Sirva el agua lustral para purificar a este hombre que va a morir —dijo antes de dirigirse a Pílades—. Y purifica también a este otro, que ha sido liberado para que regrese a su tierra y dé testimonio del destino que padecerá cualquier extranjero que ose pisar la región de los tauros. Protégelo en su camino y líbralo de las tempestades para que el mensaje que lleva consigo llegue a buen puerto.

Al caer el agua sobre su frente, Pílades sintió que su mente se iluminaba y que una idea cruzaba fugazmente por ella. Aquel era el momento que había estado esperando. Entonces, cuando vio que la sacerdotisa agarraba una espada y la levantaba hacia el cielo a unos palmos de la cabeza de Orestes, dio un paso hacia el altar alzando los brazos para detenerla. La multitud que contemplaba el ritual contuvo la respiración y, por orden de Toante, los guardias sacaron sus espadas, dispuestos a intervenir.

—¡Todavía no! —gritó Pílades, alzando la mano.

—¿Te atreves a levantar la voz en este lugar sagrado e interrumpir el sacrificio? —le espetó la sacerdotisa.

—¡No, espera! Bien es sabido que los mares que he de surcar para cumplir vuestro mandato cuentan con aguas bravías que azotan las naves hasta hacerlas zozobrar —dijo a la sacerdotisa en voz baja para que los presentes no pudieran oírlo—. Si la furia de las olas se desatase y me lanzara al mar, yo no podría mantener a salvo la tablilla que ahora guardo en mi pecho y el mensaje se perdería para siempre en las profundidades del océano.

Analizando las palabras que había pronunciado el extranjero, la mujer dudó un segundo, pero la más mínima posibilidad de que el mensaje se perdiera antes de llegar a su destino la hizo decidirse de inmediato y ordenó a los guardias que volvieran a su posición. Estos obedecieron.

—Bien, entonces de viva voz conocerás el contenido del mensaje, para que puedas transmitirlo a sus destinatarios si esta se perdiera y tú te salvaras —susurró.

Cedió el paso entonces a Pílades y lo llevó junto a las columnas, donde solo ellos y Orestes podían oír el mensaje.

—Cuando llegues al palacio de Micenas, busca al príncipe Orestes, a Electra, a Crisótemis o a quienquiera de la familia de los Atridas que quede allí, y repite estas palabras: «Ifigenia aún vive, pues no fue sacrificada en Áulide como pensabais. Hermano, sácame de esta tierra bárbara, pues muero cada vez que me veo obligada a derramar sangre humana en honor a la diosa. Te ruego que vengas a buscarme, si sigues vivo y como imagino te has convertido en un valeroso muchacho, para que acabes así con mi pena llevándome con vosotros a la Argólida».

Boquiabierto por tal revelación, Pílades solo acertó a decir:

—No tardaré mucho tiempo en cumplir mi promesa —dijo antes de gritar con entusiasmo—. ¡Orestes!

Cuando los guardias quisieron acercarse, ya era tarde. Tras oír aquellas palabras y la llamada de su primo, este se abalanzó sobre la sacerdotisa y, tras asirla con fuerza por los hombros, con un rápido gesto le arrancó el velo que cubría su rostro. El cabello de aquella mujer, el color de sus ojos y de su tez, tan parecidas a las de su hermana Electra, ya no dejaban lugar a dudas. Descubierta, la sacerdotisa miró entonces de cerca la profunda mirada de aquel que la sujetaba, tan parecida a la de su padre.

—¡Orestes, hermano mío! —le dio tiempo a exclamar antes de caer desmayada en los brazos de Pílades.

5

LA VERDAD REVELADA

Apoyado uno sobre la espalda del otro, Pílades y Orestes conversaban sentados en el húmedo suelo del calabozo. El denso aire que inundaba la habitación olía a la sangre, el sudor y la desesperación de otros reos, que sin duda también habían sido llevados allí a la espera de que los ajusticiaran. En mitad de la oscuridad, solo la tenue luz que llegaba de una antorcha clavada en la pared del pasillo les permitía ver algo más allá de la reja que les impedía el camino hacia la libertad. Los jóvenes suspiraron y notaron el frío que les subía por la columna, vértebra a vértebra. Ambos se habían librado de una muerte segura, al menos hasta ese momento, pues, después del incidente del templo, Toante había ordenado que los encerraran hasta que Ifigenia se hubiera recuperado. Orestes aún no podía creer que su hermana estuviera viva y no lograba entender qué había pasado, aunque el hecho de que no hubiera muerto a manos de su padre daba sentido a mucho de

lo que había acontecido. La supervivencia de la joven explicaba por qué las erinias no habían perseguido a Agamenón, puesto que este no había podido cometer el infanticidio que todos le atribuían. «Pero, entonces, ¿qué o quién se lo había impedido?», preguntó Pílades. Orestes no tenía respuesta y solo lamentaba que su madre no hubiera llegado a saber que Ifigenia seguía viva, pues de haber conocido ese hecho no habría trazado nunca el plan para acabar con su esposo como represalia. De haber tenido antes noticias de que la joven había sido salvada y llevada a la tierra de los tauros, la historia habría sido muy diferente. Pero ya nada podía hacerse por cambiar el pasado. Ahora, su primo y él estaban en un calabozo, a la espera de que otro inesperado golpe de suerte los sacara de allí.

—Aún podemos robar esa estatua, Orestes —le dijo Pílades esperanzado, mientras él seguía con la mirada fija en la tea, que estaba a punto de extinguirse.

—Morir o vivir de nuevo atormentado es algo que no me preocupa ahora mismo, compañero —le contestó sin poder dejar de pensar en su hermana—. ¿Cómo crees que se salvó? Quiero decir, ¿quién la salvo? ¿Quién fue el causante de que la desaparición de Ifigenia destarara ese baño de sangre en el que me he visto envuelto?

De pronto, la llama se extinguió por completo y los sumió en las sombras. Orestes emitió un pequeño grito entre sollozos mientras reptaba por el suelo hasta encontrar un rincón en el que acurrucarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pílades alarmado, buscándolo en la oscuridad—. ¿Son ellas otra vez? ¿Han logrado encontrarte de nuevo?

—No... Ya ni siquiera necesito que estén aquí para volverme loco —dijo desesperado, sin lograr entender qué estaba pasando, cuando su primó logró encontrarlo a tientas.

Iba a agradecerle su ayuda, pero, de repente, oyó una voz femenina que lo llamaba por su nombre y, angustiado, prefirió guardar silencio.

—Orestes... Orestes...

Pílades notó cómo su amigo comenzaba a temblar, y se apresuró a calmarlo.

—Tranquilo, tranquilo: no son ellas. ¡Yo también la oigo!

Un resplandor al final de pasillo fue acercándose, haciendo más nítidas las sombras del calabozo que, poco a poco, fueron tomando forma, iluminadas por la luz de una antorcha. Acompañada de un alguacil, apareció entonces Ifigenia, envuelta en un manto y con un hatillo en sus manos. Esta se asomó a la reja y, acercando la tea, distinguió a los dos jóvenes, abrazados, tiritando en el suelo. Ordenó al guardia abrir la cancela y, nada más entrar, se quitó el manto y cubrió con él a los dos, mientras abrazaba a Orestes.

—Hermano, hermanito —susurró para que no la oyera el guardia, que aún se alejaba por el pasillo—. Toma, he traído algo de comida.

Pílades se lanzó a deshacer los nudos del hatillo, hasta que pudo sacar de su interior un par de trozos de pan y de queso, que compartió con Orestes. Este los engulló en apenas dos bocados. Tenía tantas preguntas que hacerle a su hermana que no quería perder tiempo, pero Ifigenia le acarició la cara y lo calmó con su dulce voz.

—Come, no digas nada. Sé muy bien lo que quieres que te cuente y así lo haré, mas antes déjame que vuelva a besar

tus mejillas, pues todavía no me creo que te haya encontrado después de tantos años.

Los dos hermanos se abrazaron de nuevo, ante la mirada de su compañero que, ocupado como estaba en llenarse el estómago, mostraba una gran sonrisa, llena de migajas. Tras acariciar el pelo de su hermano, Ifigenia reparó en Pílades y le preguntó si acaso eran también parientes.

—Soy el hijo de Estrofio, rey de la Fócide, y Anaxibia, hermana de tu padre. Cuando Orestes tuvo que huir de Micenas porque Egisto, amante de Clitemnestra, quería asesinarlo, mi padre lo acogió en su reino y ambos crecimos como hermanos.

—¡Entonces somos primos! —dijo Ifigenia abrazándolo—. Dichosos los dioses que no solo me traen de vuelta a mi hermano, sino a más familiares.

—Lástima que sea en estas circunstancias —se lamentó el joven mientras la correspondía rodeándola con sus brazos—. Todos pensábamos que habías muerto.

—Y a punto estuve de hallar la muerte a manos de mi padre en Áulide, donde me habían llevado antes de que se desatara la guerra de Troya —dijo ante la mirada expectante de Orestes, a quien tomó la mano antes de continuar—. Hasta aquella tierra remota me dirigí junto con mi madre, engañadas ambas, dispuesta a casarme con Aquiles. Mas cuando el héroe me vio, dijo no saber nada de la boda y entonces descubrimos que Agamenón me había llevado allí para sacrificarme, pues Calcante, el sacerdote de Apolo, le había revelado que mi muerte sería favorable a su suerte y que, tras acometerla, él y sus tropas podrían zarpar rumbo a Troya.

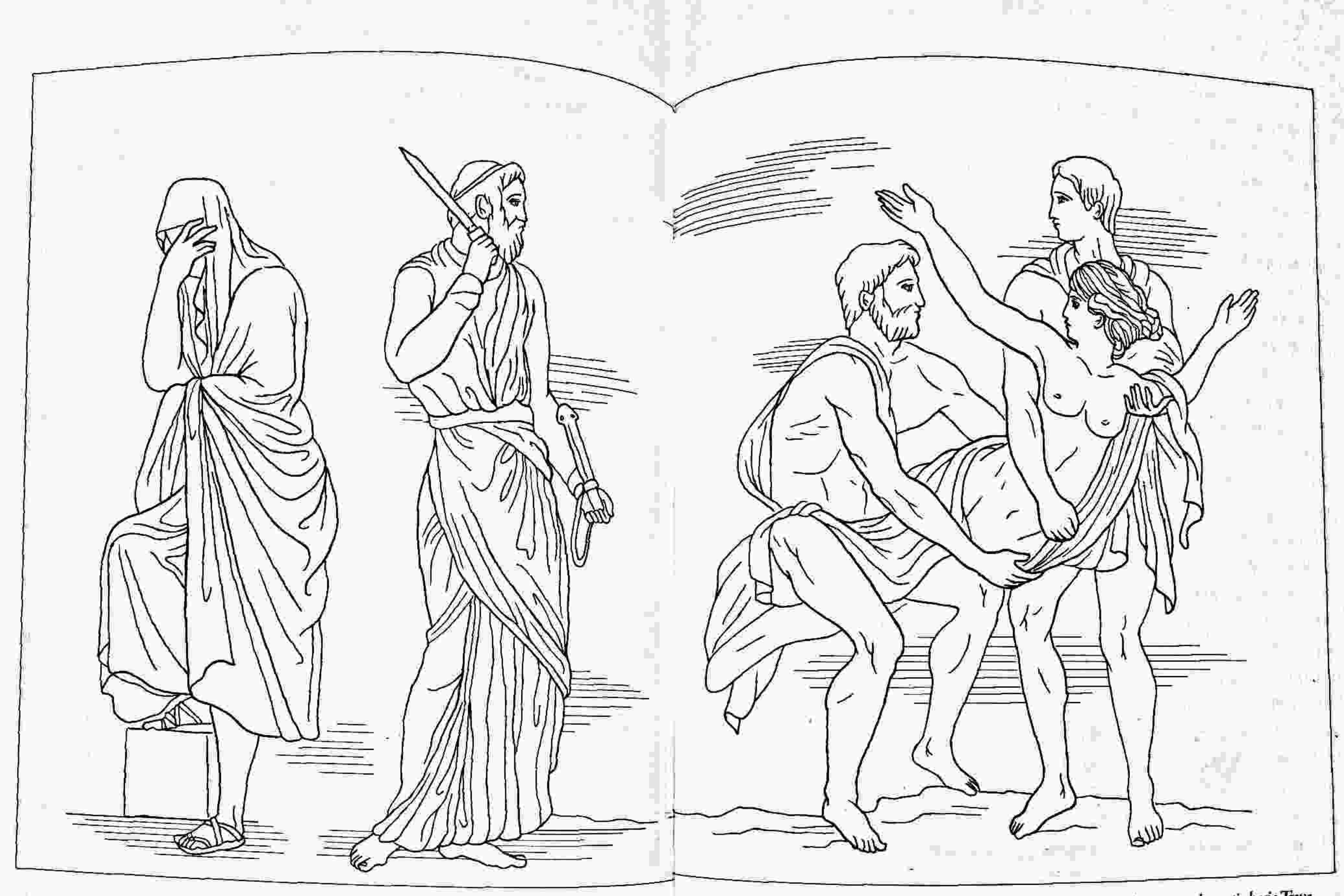
Ifigenia continuó su relato y, poco a poco, Orestes y Pílades, que no perdían detalle, comenzaron a entenderlo todo.

Tras aceptar su destino, cubierta por un manto de pies a cabeza, la joven se había tumbado sobre un altar, determinada a cumplir con el mandato del oráculo, y había aguardado a que su padre le clavara un cuchillo en el vientre. Así, tapada, evitaría ver los ojos de Agamenón y le ahorraría a este y a su madre la pena de recordar para siempre la última mirada de su hija. Pero nunca llegó a sentir el metal atravesando su carne, pues de repente una luz, llegada desde el mismo cielo, se había posado sobre ella y se la había llevado de allí, dejando en su lugar una cierva que todos los presentes, al ver cómo la tela se cubría de sangre y vísceras, habían tomado por su cuerpo. Sin recordar cómo, Ifigenia había aparecido en la desconocida región de los tauros, sobre el altar del templo de Ártemis, la diosa que sin duda la había salvado, y había sido destinada por Toante a ordenar los funestos ritos que hacían notoria aquella tierra.

Cuando Orestes vio que aparecían las primeras lágrimas en el rostro de su hermana al recordar cómo se había visto obligada a sacrificar a cuanto forastero había aparecido por la Taúride, decidió interrumpirla.

—No hace falta que nos cuentes más tormentos, pues somos conscientes de cuánta bondad has desplegado para salvar la vida de los desconocidos que han pisado ese templo y que ahora se presentan como tus familiares —dijo Orestes, intentando contener las lágrimas de Ifgenia con sus palabras.

—¿Sabes cómo he vivido estos años sin tener apenas noticias de mi tierra y de mi familia? ¿Sin saber si estabais vivos o muertos? —sollozó la joven entre los brazos de su querido hermano—. ¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo están nuestras hermanas, Electra y Crisótemis?



Agamenón creía haber sacrificado a su propia hija antes de partir hacia Troya.

—Vivas y en paz tras la muerte de Egisto.

Orestes se dispuso a darle más detalles, pero una tos fingida los interrumpió de repente, reclamando su atención.

—Tiempo habrá de ponerte al día, Ifigenia, pero, si quieres regresar con nosotros y volver a ver a tus hermanas algún día, antes debemos escapar de aquí juntos—los interrumpió Pílades.

En cuanto Ifigenia supo el motivo que los había llevado a la tierra de los tauros, comenzó a cavilar un plan para sacarlos de allí sanos y salvos, con la escultura de la diosa. Con los ojos vidriosos al conocer la persecución a la que las erinias sometían a Orestes injustamente, su corazón comenzó a latir más fuerte mientras se levantaba del suelo y empezaba a caminar por el calabozo en busca de una solución. No tardó en encontrarla. Con una gran sonrisa y tal emoción en el rostro que parecía iluminar la celda, los conminó entonces a que no trataran de escapar y que lo dejaran todo en sus manos, pues en aquellos años al servicio de Ártemis había adquirido un gran poder dentro y fuera del templo, de tal modo que el propio rey, que temía a la mala fortuna más que a sus enemigos, se dejaba persuadir por ella en cualquier asunto que atañera al culto. Con gran determinación, la joven los besó en la mejilla, se colocó de nuevo el manto sobre los hombros y llamó al alguacil para que le abriera la puerta: debía hablar de inmediato con Toante.

◇◇◇

Toante temía tanto fallar en los asuntos que implicaban a los dioses, que interrumpió una audiencia para atender a Ifigenia cuanto antes. La presencia de la joven en la gran sala de palacio incomodaba al monarca, a quien los tauros tenían por un fiero rival ante los mortales, pero un pobre siervo de la superstición. Al verla desmayarse esa misma tarde en los brazos de aquellos dos extranjeros, había pensado que algo terrible podía ocurrir si el templo quedaba desatendido y pavoroso de la furia de Ártemis, había dado orden de que se llevaran a la sacerdotisa, le colocaran paños húmedos en la frente y le hicieran oler vinagre hasta que despertara. El rey se sintió aliviado al saber que la joven estaba ya recuperada, pero aun así se sintió intranquilo por su aparición demandando audiencia urgente. No era habitual que la sacerdotisa se encontrara con él fuera del templo, por lo que el rey temió lo peor al verla caminar con diligencia hacia su trono mostrando una mueca de desesperación.

—Habla, Ifigenia —dijo apenas hubo inclinado la cabeza a modo de saludo—, pues temo que no son buenas noticias las que traes. ¿Qué ocurrió para que te temblara el pulso durante el ritual y no acabases con la vida de ese extranjero?

—Acertadas son tus suposiciones, amado rey. Has de saber que no fue un desmayo lo que sufrí al hablar con esos dos forasteros, sino una visión que me ha revelado el origen de esos hombres que, de haber culminado el sacrificio, hubieran traído el infortunio a esta tierra —narró con gran dramatismo, intentando que sus palabras preocuparan al monarca—. Cuando alcé el cuchillo dispuesta a darle muerte, vi que la estatua de la diosa cerraba los ojos, y ese rechazo de la divinidad no podía ser más que un indicio de mal agüero, por lo que quise indagar qué ocurría antes de continuar. Entonces, cuando interrogaba a su amigo, el contacto con la piel de aquel griego, que osó tocar a una sierva de la diosa,

me alertó de su pasado y del agravio que estábamos a punto de cometer en lugar sagrado.

Ante la mención de la palabra «infortunio», el monarca comenzó a agitar nerviosamente la pierna bajo su túnica al mismo tiempo que se mordía el labio y una expresión de horror se dibujaba en sus ojos. Tras reprimir la satisfacción que le provocaba verlo mesarse la barba con fruición, Ifigenia prosiguió su relato. En su visión, había sabido que aquellos extranjeros habían llegado al templo huyendo de un terrible crimen cometido en la Argólida, un matricidio por el que eran perseguidos por las erinias. Tenían así las manos llenas de sangre y por tanto no podían ser sacrificados a la diosa, puesto que no eran puros.

Ifigenia mencionó a las erinias por su nombre, consciente de que la ausencia de eufemismos pondría aún más nervioso al rey, que, efectivamente, nada más oír la invocación a las temidas sombras se levantó del trono de un salto y comenzó a deambular por la sala. Aquellos malnacidos perseguidos por las innombrables iban a traer la desgracia a su reino. Pero, al menos, la sacerdotisa los había descubierto y aún podían evitarlo.

—Dime, por los dioses, ¿qué propones para frenar esta desgracia? —dijo Toante deteniéndose en seco justo en el centro de la habitación.

—Debemos purificarlos en el mar en un ritual en mitad de las aguas que también incluya a la estatua de Ártemis, pues los innobles la han mancillado posando sobre ella sus manos manchadas de sangre —dijo rehuyendo la mirada del rey.

De repente, el monarca, al ver que la sacerdotisa clavaba la mirada en el suelo, pareció dudar de sus palabras. Guardó silencio un instante, que a Ifigenia le pareció una eternidad, y después se situó frente a ella, le agarró la barbilla suavemente

con los dedos y le movió la cara, obligándola a mirarlo de cerca, hasta que sus labios quedaron muy próximos.

—¿No es cierto que esos dos vienen de tu tierra y que te hablaron de la muerte de tu padre? —preguntó entonces ante la expresión de sorpresa de la joven que, por un momento, sintió que su plan se desmoronaba—. Uno de mis hombres habla perfectamente griego y así lo oyó cuando los interrogabas en el templo.

Ifigenia respiró profundamente e, intentando mantener la mente fría, respondió como mejor supo, sin apartar la mirada de los inquisidores ojos de Toante.

—Si teme a Ártemis, más le valdría a ese hombre cuidarse de lo que se dice en confidencia en el templo ante una virgen consagrada a la diosa —soltó con sequedad—. Pero sí: es cierto que aquellos dos intentaron ablandar mi corazón trayéndome nuevas de mi familia.

Al mencionar su castidad, el rey retiró de inmediato la mano de la piel de la joven, recordando la prohibición que tienen los hombres de rozar siquiera a una sierva del templo. Aunque la respuesta de Ifigenia había sonado veraz, se la quedó mirando fijamente, incrédulo.

—Y dejaste que uno se marchara, ¿por qué?

—No corresponde al rey cuestionar las decisiones sagradas —dijo sosteniéndole de nuevo la mirada—. ¡He visto cómo las erinias silban en sus oídos! ¡He visto que camina sobre sangrientas huellas! Dejándolo marchar, evitaremos que las odiosas perseguidoras se queden en tu reino.

Ifigenia había hallado la respuesta adecuada para disipar las dudas del rey, quien volvió a sentir el miedo al oír que mencionaba por segunda vez a las innombrables.

—¡No vuelvas a repetir ese nombre en esta tierra! —le espetó mientras se sentaba en el trono—. Bien, ordenaré que preparen un barco.

—No —interrumpió Ifigenia, a un paso de la victoria—. He visto cómo llegaban a la costa en su propio navío, que ahora permanece anclado cerca de los acantilados, custodiado por varios marineros. Es necesario purificar todo lo que han traído esos hombres y después los sacrificaremos a todos y quemaremos la nave, pues solo así podremos asegurarnos de que el peligro muere con ellos. Debemos ir mar adentro para evitar que pisen la Táuride y la contaminen. Y allí mismo, en cubierta, llevaré a cabo el sacrificio.

Al oír que había más extranjeros en sus tierras cómplices de aquella desgracia, el rey movilizó a todos sus hombres para que los encontraran y prepararan un carro para llegar allí antes del amanecer, cuando, según lo estipulado por la sacerdotisa, se llevaría a cabo el ritual.

◇◇◇

Ifigenia oró ante Ártemis, rogándole que volviera a salvarla, al igual que años atrás había hecho en Áulide. Pidió a la diosa que cediera a los deseos de su hermano Apolo y los ayudara a devolver su estatua a Atenas para liberar de una vez por todas a Orestes. Tras los ruegos, se ajustó las fíbulas de su peplo y se cubrió de nuevo con el velo, antes de agarrar la escultura, envolverla en un fino lienzo y sacarla del templo. A las puertas de este, con las primeras luces del alba, encontró el carro que Toante había enviado con dos de sus soldados para llevarla hasta el lugar donde permanecía faenado el navío. Subió sin ayuda a la plataforma, pues nadie

osaba tocar a la sacerdotisa, y se sentó en un pequeño banco con la estatua sobre el regazo. Por el camino, mientras el sol se iba izando en el cielo, Ifigenia pudo contemplar las palmeras, los laureles y los cipreses que ceñían la cañada que conducía hacia la playa y sonrió al interpretar que aquellas plantas, símbolos del nacimiento de Apolo y Ártemis, eran un claro presagio de que su plan tendría éxito. El carro paró al final del camino, cerca del lugar donde los boyeros habían apresado a los extranjeros, y allí encontró otra patrulla, a la que Toante se dirigía de manera autoritaria en una profunda alocución. El rey inclinó la cabeza al ver bajar a la sacerdotisa y le dijo que estaba todo preparado: había ordenado a cuatro de sus hombres que, por su seguridad, acompañaran a los presos hasta la playa, donde los esperaba una barcaza para alcanzar el navío, que permanecía anclado en altamar, a una distancia prudencial del rompeolas. Toante y sus hombres permanecerían en la cima del acantilado, desde donde observarían el ritual que se iba a llevar a cabo en cubierta.

—Pero será mejor que evitéis mirar cuando yo alce la daga al cielo, pues al sacrificar a esos hombres, la maldición que los acompaña podría alcanzaros a vosotros —les dijo antes de despedirse—. Cubrid vuestras cabezas con los mantos y así no correréis peligro de heredar la impureza de esos desdichados, pues el viento sopla fuerte y hasta vosotros la haría llegar en un instante.

Ifigenia evitó los ojos de Pílades y Orestes cuando los encontró en la playa al final del sendero y se cuidó de darles la espalda mientras, acompañados de los soldados, se dirigían en barca al navío. En la cubierta, varios marineros dieron la voz de alarma y se dispusieron a soltar el ancla y desplegar

las velas, pero se calmaron al ver que Orestes les hacía indicaciones de que todo estaba bien. La sacerdotisa sujetó con fuerza la estatua de Ártemis al cruzar el rompeolas para evitar que se le resbalara con el balanceo de la barca, que al envite de la corriente se elevaba por encima del agua. Consciente de que en aquella talla residía el futuro de su hermano, la apretó contra su pecho incluso cuando los marineros tuvieron que izarla en una pequeña plataforma hasta la cubierta. Una vez allí, la sacerdotisa ordenó a los guardias que volvieran junto a Toante, pues nadie ajeno al ritual debía permanecer en las inmediaciones. Los soldados intentaron cuestionar la orden, pero ella se mostró inflexible e invocó el nombre de la diosa varias veces para mostrar su autoridad y advertirles del peligro que corrían si permanecían allí. Una vez que estos alcanzaron la orilla, Orestes se dirigió a los marineros y les dijo que siguieran las indicaciones de la sacerdotisa, pero que estuvieran preparados para ir a sus puestos cuando él lo indicara.

Ifigenia colocó la estatua de la diosa sobre unas cajas en el centro de la cubierta y ordenó que lanzaran al mar dos cubos sujetos con cuerdas y que los subieran llenos de agua. Mientras, oteó la costa y trató de localizar las pequeñas figuras que se dibujaban en la cima del acantilado. Contó seis y distinguió perfectamente la túnica blanca de Toante, que parecía iluminada por el sol. Con gran parsimonia, hizo entonces que Orestes y Pílades realizaran abluciones y se lavaran con el agua marina, mientras ella rociaba con sus manos la estatua de Ártemis y la nave, lentamente, dando tiempo a que los guardias que los habían acompañado llegaran hasta donde se encontraba el rey.

Entonces, tras mostrar su respeto a la figura de la diosa, sacó una daga que llevaba escondida en el cíngulo de su peplo y, alzándola al cielo con sus dos manos, se dirigió a todos los presentes mientras el viento agitaba el velo que cubría su rostro.

—¡Ha llegado el momento de que Ártemis nos ayude! —exclamó tras ver cómo los cuatro guardias alcanzaban la cima y rendían saludo a Toante—. Oh, hija de Leto, condúceme sana y salva a Grecia desde esta tierra bárbara y perdona mi robo. Tú, diosa, amas a tu hermano; considera justo que también yo ame a los de mi sangre.

Intentando disimular la emoción, Orestes y Pílades se arrodillaron ante ella ofreciendo sus nucas y la sacerdotisa volvió a mirar hacia el acantilado, hasta ver que allí Toante y sus hombres se cubrían la cabeza con sus mantos.

—¡Ahora, hermano, ahora! —susurró lanzándole la daga a las manos.

Orestes la cogió por la empuñadura y dio orden a los marinos de que soltaran amarras y desplegaran las velas mientras él mismo cortaba la cuerda que sujetaba el ancla en la popa. Pílades trepó por el mástil del palo mayor para poder soltar la vela principal, mientras Ifigenia corría a la bodega y bajaba por una escalera de mano para poner a resguardo a la diosa. Los hombres, que hasta entonces habían permanecido desconcertados, entendieron que todo había sido una argucia y corrieron a cumplir las órdenes, haciéndose cargo del timón, girando el barco a golpe de remo hacia la dirección de partida, mientras sus compañeros subían a los mástiles para deshacer los nudos de las maromas. Cuando el navío estuvo hacia estribor, Orestes dio orden de que los remeros alzaran los palos para dejar paso a la fuerza del viento. Tras mi-

rar a su primo con una sonrisa triunfal en los labios, Pílades, en lo más alto del mástil mayor, cortó la gruesa cuerda e hizo señas al resto de la tripulación para que lo secundaran. Los aparejos cayeron entonces de golpe, desplegando las telas que, de súbito, se hincharon con la fuerza del viento y arrastraron el navío mar adentro.

Cuando, ante la algarabía que se produjo en altamar, Toante y sus hombres descubrieron sus cabezas, los forasteros ya se encontraba fuera del alcance de las flechas. Tampoco había tiempo ya de volver a la ciudad y movilizar las naves del puerto para que los persiguieran. El rey escupió al suelo al sentirse vencido y traicionado por la sacerdotisa mientras veía al navío alejarse rumbo al horizonte.

Disipado el peligro, la calma inundó la cubierta del barco y el incesante silbido del viento en las telas trajo consigo la felicidad de todos los tripulantes. Las generosas olas golpeaban el casco, que se abría camino entre las aguas, deslizándose con facilidad, sin apenas resistencia, como un cuchillo en el vientre de un pez. Subido en el palo mayor, Pílades oteó el inmenso mar que se abría ante él y lanzó un grito de júbilo, que fue respondido por el resto de los marineros. Tras la orden de que mantuvieran rumbo fijo, Orestes buscó entonces a su hermana y pronto la halló en la proa, sujeta a una de las maromas, dejándose salpicar por la espuma que el viento levantaba hasta la cubierta. Caminó hacia ella, asiéndose a las cuerdas para no perder el equilibrio, hasta que pudo abrazarla por la espalda. Ifigenia le agarró las manos y las apretó contra su cuerpo.

—Hermano, cuando llevemos a la diosa a Atenas, las innombrables dejarán de atormentarte.

—Hermana, mi único tormento ahora es privarte de volver ya a Micenas para reencontrarte cuanto antes con Electra y Crisótemis, que darán saltos de alegría al saber que no estás muerta —dijo mientras le besaba las manos.

—Sueño con ese momento, pero qué importa esperar un poco más si con ello logramos alejar de ti la locura, Orestes. Pronto recuperaremos el tiempo perdido y entonces ya nada podrá separarnos.

Sin embargo, la alegría de los hermanos duró poco. Encaramado a uno de los mástiles, Pílades observó cómo la sacerdotisa secaba con su velo las lágrimas de Orestes, que con la mirada perdida en la nada se llevaba las manos a los oídos y gritaba que las sombras lo habían encontrado de nuevo. Angustiado, el joven se retorció en la cubierta, suplicando a sus perseguidoras que no le arrebataran el grandioso futuro que se abría como el océano ante ellos. Pero sus ruegos no fueron atendidos. Temiendo que su hermano se lanzara por la borda, Ifigenia lo cuidó durante todas las semanas que duró la travesía, mientras surcaban los encrespados mares, atravesaban peligrosos desfiladeros y afrontaban cuantas grandes tempestades se cruzaban en su camino. Entonces, una mañana, cuando ya lo daban todo por perdido, distinguieron en la lejanía, luminosa bajo un rayo de esperanza, la inconfundible ciudad de Atenas.

Conforme Ifigenia pisó tierra firme con la estatua de Ártemis, y mientras enfilaba el camino que subía a la zona alta de la ciudad, Orestes empezó a sentir que su cabeza se aliviaba, pero al no poder seguir el paso, pues su cuerpo se encontraba agotado tras luchar con las divinidades vengadoras, quienes le agarraban los pies y le azotaban la espalda,

decidió pararse en una de las calles. Pidió a su hermana que entrara con Pílades en la acrópolis y esperó a ver cómo llevaban la escultura al templo. Después de que ambos subieran la escalinata y se arrodillaran para orar, Orestes se armó de valor y se volvió de repente, desafiante, hacia sus perseguidoras. Entonces, de repente, se detuvo su aleteo, las sibilantes lenguas de sus cabellos callaron, y le pareció que las tres figuras se amalgamaban en una única masa informe y pestilente. Paralizado, pudo ver cómo, en unos instantes, se desvanecieron ante él como un bloque de hielo puesto al sol hasta desaparecer por completo cuando la tierra se tragó las huellas sangrientas que habían dejado sus pasos. Empezando a sonreír, se llevó la mano a la sien y pudo notar así que su mente se despejaba, que la angustia que atormentaba su pecho se esfumaba con aquellas tres sombras y que su conciencia, limpia al fin de remordimientos, se alejaba de una vez por todas de cualquier sentimiento de culpa.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

La espiral de violencia y derramamiento de sangre en que se ve inmersa la casa real de los Atridas encuentra su fin en la figura del matricida Orestes. Él será el primer hombre en ser sometido al juicio de un tribunal, el Areópago de Atenas. Se inicia así una nueva era más humana dominada por la ley y no por los dictados de unas divinidades sedientas de sangre.

Los antiguos atenienses se vanagloriaban de haber sido los inventores de la práctica judicial. Como tales, sentían auténtico furor por pleitos, litigios y procesos. Dado que no existían abogados, era el propio litigante quien debía defender su caso ante el tribunal con sus discursos, lo que se tradujo en la aparición de escuelas cuyos profesores, los sofistas, enseñaban las artes de la oratoria y la persuasión, esto es, a «convertir en sólidos y fuertes los argumentos más débiles», en palabras de uno de esos maestros, Protágoras (h. 485-h. 411 a.C.). No es extraño así que se apasionaran por la suerte de Orestes, el protagonista del primer procedimiento judicial llevado a cabo por un tribunal, el Areópago. En realidad, el segundo, o en todo caso el primero con protagonista humano, dado que esa pétrea elevación situada al oeste de la Acrópolis debía su nombre («colina de Ares») a un juicio que la asamblea olímpica había emprendido contra el dios de la guerra, acusado de haber asesinado a un vástago de Poseidón, Halirrotio, en defensa de su hija Alcipe. No obstante, ese fervor no era exclusivo de los atenienses: la

causa del hijo de Agamenón fue también uno de los temas de ejercicio favoritos en las escuelas de declamación de Roma.

El de Orestes, sin embargo, no era un crimen cualquiera: había dado muerte a su madre Clitemnestra, acto a todas luces abominable a pesar de que él lo justificara como una orden dictada por el dios Apolo para hacer justicia a Agamenón, el rey de reyes asesinado por su adúltera esposa y su amante Egisto a su regreso de Troya.

SANGRE CONTRA LINAJE

El «caso Orestes» es complejo porque supone el choque entre dos concepciones sociales, políticas y religiosas opuestas e irreconciliables. La primera de ellas es la representada por las erinias, esas divinidades primigenias nacidas, según refiere el poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) en su *Teogonía*, de la sangre de Urano recogida por Gea, la Tierra. Ellas encarnan un tipo de derecho que puede calificarse de «natural», pues, hundiendo sus raíces en los lejanos tiempos del matriarcado, se fundamenta en la familia y los lazos de sangre. En este sentido, el asesinato de la madre es el más inconcebible y aberrante de todos los crímenes, por lo que quien lo comete se ve asaltado de inmediato por los remordimientos que esas vengativas y monstruosas deidades encarnan. En cambio, la muerte de Agamenón por su esposa no cae en esa categoría, pues el lazo conyugal no es comparable al lazo de sangre. Según esta concepción, este último es sagrado; aquel, no.

La segunda de esas concepciones es la que traen consigo los dioses olímpicos, por la cual todo crimen debe ser castigado por el pariente más próximo de la víctima. Orestes debe vengar a su padre, aunque ello signifique dar muerte a aquella gracias a la cual vio la luz. Es la ley del talión: «ojo por ojo, diente por diente… vida por vida»,



Esta crátera de campana de figuras rojas procedente de Paestum (Campania) y datada hacia 330 a.C. (British Museum de Londres) recrea con un estilo preciosista y atento al detalle la llegada de Orestes a Delfos para purificarse y librarse así de las erinias. Una de ellas, con cuerpo y cabello de los que salen serpientes, le asalta incluso en ese lugar sagrado. El héroe se halla flanqueado por Atenea (izquierda) y Apolo.

lo que llevado al extremo significa la perpetuación de una espiral de violencia por la que un crimen responde a uno anterior y justifica la perpetración del siguiente. Lo que importa aquí es la línea masculina, el linaje, la estirpe, idea basada en un principio fisiológico que llegaron a defender filósofos de la talla de Anaxágoras (500-428 a.C.) y Aristóteles (384-322 a.C.): el de que el padre es el único progenitor digno de tal nombre, siendo la madre un simple receptáculo.

Sangre o linaje, madre o padre, esa es la disyuntiva que plantea el «caso Orestes». La solución al mismo la aporta el trágico Esquilo (525-456 a.C.), quien en *Las euménides* escenificó su juicio con una técnica que recuerda a esas películas de abogados que recurren a todo tipo de argumentos y triquiñuelas para convencer al jurado. Las erinias son aquí las fiscales, mientras que Apolo se yergue en abogado defensor, aunque en realidad sea él el auténtico acusado, pues Orestes recono-

ce haber sido solo el brazo ejecutor de sus dictados. En medio queda un tribunal constituido por doce hombres y presidido por Atenea.

Orestes es absuelto por el voto de calidad de la diosa, quien asume ponerse de lado de todo lo que sea varonil, «pues soy por completo de mi padre [Zeus]». Pero lo que importa en realidad es la institución de un nuevo orden social y jurídico que permita a los humanos vivir en comunidad. A partir de ese momento, los derramamientos de sangre y las venganzas particulares quedan superados o, como mínimo, monopolizados por un Estado que, como custodio de la ley, carga sobre sí la función de velar por la vida de sus ciudadanos, mediar en sus conflictos e impartir justicia de manera equitativa. Es el inicio de un mundo más humano en el que las deidades sedientas de sangre son reemplazadas por un tribunal a la hora de dictar sentencia.

Mas este nuevo mundo solo será posible si las viejas divinidades ceden. Es lo que hacen las erinias, a las que Atenea, como diosa de la razón, la justicia, la civilización y la sabiduría, atrae a su lado transformadas ya en euménides, las «benévolas», un nombre usado en origen para evitar pronunciar el otro, pero que acabó definiendo su nueva función de guardar y proteger la recta justicia. No puede hablarse, por tanto, de victoria de un poder divino sobre otro, sino de una conciliación, lo que, llevado al plano humano, es el mismo principio que permite el orden y la paz en las ciudades.

ORESTES, ENTRE LA LOCURA Y LA LUCIDEZ

El destino de Agamenón y sus hijos fascinó a los trágicos, el primero de ellos el ya mencionado Esquilo, quien trató el tema en la única trilogía del teatro griego que ha llegado hasta nosotros.

Ganadora del primer premio en el certamen del año 458 a. C., está integrada por *Agamenón*, *Las coéforas* y *Las euménides*. Toda la locura homicida que llena de horror los dos primeros paneles deja paso en el tercero a un canto a la reconciliación, la compasión y la humanidad, incluso para quien como Orestes ha cometido el más abominable de los crímenes o para ese coro de erinias que se resiste a cambiar el orden de las cosas: «¡Ay, dioses demasiado jóvenes! ¡Habéis pataleado la antigua ley y me habéis arrancado de las manos a Orestes. Pero, aunque yo esté privada de honores –¡desgraciada de mí!–, llena de horrible resentimiento, dejaré que mi corazón destile en esta tierra su veneno», claman esas divinidades primigenias antes de su conversión en euménides.

Si Esquilo nos muestra al matricida en Delfos y Atenas buscando la purificación y la absolución, Eurípides (484-406 a. C.) lo sitúa antes y después de esos momentos: en *Orestes*, todavía en Argos y cuando solo han transcurrido unos días del asesinato de Clitemnestra y Egisto; en *Ifigenia en Táuride*, en ese remoto lugar del mar Negro donde se reencontrará con esa hermana a la que creía muerta. La diferencia principal entre ambos trágicos a la hora de reflejar la locura del protagonista es el tratamiento dado a las erinias: Esquilo, que mantiene todavía vivo el sentido ritual del drama, hace que aparezcan en escena y tengan un protagonismo esencial en la trama; Eurípides, en cambio, más teatral en el sentido moderno de la palabra, las esconde, de modo que son las palabras y el comportamiento de Orestes los que evocan su presencia.

En la obra que lleva su nombre, Orestes se presenta como un joven que alterna los raptos de locura provocados por las erinias con momentos de lucidez en los que parece consciente de la magnitud de su crimen, pero reconoce la inevitabilidad del mis-

Ifigenia, de sacrificada a sacrificadora

Uno de los personajes más asombrosos del ciclo de los Atridas es el de Ifigenia, la joven destinada a ser sacrificada por su propio padre Agamenón, pero salvada en el último momento por la misma Ártemis, que había solicitado tal muerte. Se trata de una historia que recuerda mucho a otra, narrada en el libro bíblico del Génesis, de Abraham e Isaac (la divinidad que pone a prueba al progenitor pidiéndole la vida de su hijo, la salvación de este y la sustitución de la víctima por un animal), pero que entre los griegos adquiere tintes más oscuros e inquietantes por la suerte de la joven y su naturaleza divina. Ifigenia, cuyo nombre se ha interpretado como «mujer de raza fuerte» o «la que da fuerza», se identificaba desde tiempos primitivos con una divinidad conocida como Ártemis-Ifigenia, cuyo culto estaba bien implantado en lugares como la ciudad argiva de Hermíone o en la beocia Áulide, donde exigía inmolaciones humanas. Por razones que se desconocen, esa diosa de nombre compuesto acabó dando lugar a dos figuras diferentes, pese a lo cual no se rompió la estrecha asociación entre ambas. Así, Ifigenia se convirtió en la sacerdotisa que sacrificaba a Ártemis a los extranjeros que recalaban en Táuride (la península de Crimea) y que, una vez de regreso en Grecia, instauró su culto en el Ática, concretamente en Braurón (actual Vraona), donde hay constancia de la existencia de un templo que tenía una *xoana* (escultura de madera) de la diosa. La propia Ifigenia, cuya tumba la tradición localizaba en esa ciudad, era allí objeto de culto.

mo: «Yo soy, sí, un hombre impío porque maté a mi madre, pero también piadoso pueden llamar a aquel que a su padre vengó. ¿Qué iba a hacer?». Frente a este *Orestes* repleto de episodios novelescos e incluso humorísticos, *Ifigenia en Táuride* aparece como una obra más homogénea, un drama entre lírico y sentimental solo oscurecido por la labor de la protagonista («yo, aplicada a este oficio de matar extranjeros», dice de sí misma) y el obsesivo recuerdo que la persigue de haber estado a punto de ser sacrificada por su propio padre.

«¿QUÉ PUEDE SACARSE DE LA MUERTE?»

Ifigenia en Táuride, al igual que la también eurípedea *Ifigenia en Áulide*, gozó de un extraordinario éxito durante el Barroco y el Neoclasicismo, hasta el punto de convertirse en un modelo recreado por otros muchos autores. Uno de ellos fue el alemán Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), quien en 1779 dio a conocer su propia versión del clásico griego. Orestes es aquí un maldito condenado a vagar por el mundo sin encontrar compasión: «Porque lo más horroroso de mi sino es que adondequiera que vaya, cual proscrito apestado, en lo secreto de mi pecho dolor y muerte he de llevar conmigo», le dice a su amigo Pílades. En el extremo opuesto se halla Ifigenia, un carácter puro y virginal, alejado de las taras propias de su familia y anunciador de una nueva era más humana. La fe irrenunciable en la vida que muestra la joven logrará la redención de su atormentado hermano.

De gran originalidad es la reinterpretación que el poeta griego Iannis Ritsos (1909-1990) hizo del mito en los monólogos dramáticos que dedicó a los personajes de la casa real de Argos y Micenas.

Con la muerte, el peso del destino y el paso del tiempo como temas recurrentes, sus versos diluyen las fronteras entre pasado y presente, mito e historia, lo que les confiere un inquietante carácter intemporal y universal. En *Orestes*, el protagonista no ha llevado a cabo aún su crimen y se interroga acerca de su necesidad: «Tengo una vida propia y he de vivirla. Nada de venganzas. ¿Qué puede sacarse de la muerte, de otra muerte, naturalmente violenta? ¿Qué suma a la vida? Han pasado los años. Ya no me queda nada de odio». A pesar de ello, sabe que es inevitable («conozco mi destino», dice), y no por venganza ni por odio ni como castigo, «sino quizás para completar un tiempo determinado, para que el tiempo quede libre». En *El regreso de Ifigenia*, los dos hermanos se hallan de nuevo en un Argos fantasmal: «Aquí estamos –dice Ifigenia–, aparentemente vencedores (pero vencidos) después de haber conseguido por fin un "gran objetivo" que no nos habíamos impuesto nosotros».

EL REMORDIMIENTO DE ORESTES

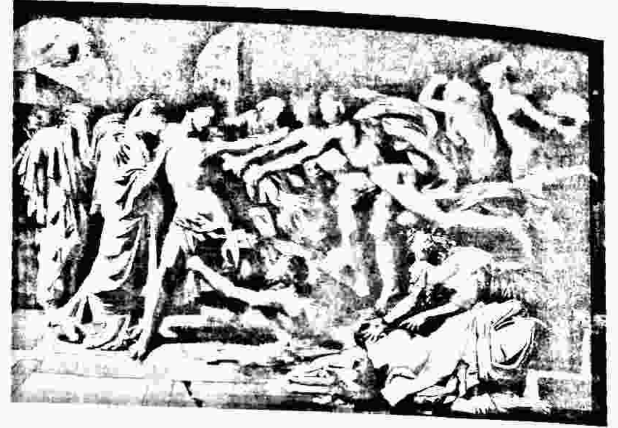
Desde la Antigüedad, los artistas se han dejado seducir por todo lo que tuviera que ver con el trágico destino de los Atridas. Los episodios finales del mito protagonizados por Orestes e Ifigenia no son una excepción. Así, una crátera de campana del siglo IV a.C. procedente de Apulia recrea la purificación de Orestes por Apolo en el templo de Delfos, quien derrama sobre el héroe la sangre de un lechal sacrificado. El encuentro de Orestes y Pílades con Ifigenia en Táuride aparece en un fresco del siglo I d.C. de la llamada Casa del Centenario de Pompeya, mientras que el relieve de un sarcófago romano del siglo II d.C. recrea los principales episodios del mito

de Orestes, desde el matricidio hasta su llegada a Táuride, pasando por el suplicio de las erinias.

En época moderna, el tema que más atención ha despertado entre los artistas ha sido precisamente el de Orestes asaltado por esas deidades. El francés Philippe-Auguste Hennequin (1762-1833) lo abordó con una imaginería que, dentro de los cánones neoclásicos, anuncia el Romanticismo, pleno ya en la versión del austriaco Carl Rahl (1812-1865). La aproximación del pintor francés William-Adolphe Bouguereau (1825-1905) es, en cambio, más academicista.

En los albores del siglo XX, con el desarrollo de la psicología y el nacimiento del psicoanálisis, ese motivo recibió un tratamiento aún más perturbador, como en *Orestes y las erinias*, del alemán Franz von Stuck (1863-1928), o en *Orestes perseguido por las furias*, del estadounidense John Singer Sargent (1856-1925). La versión más poética e inquietante es la que dio el simbolista francés Gustave Moreau (1826-1898): en ella, las diosas han perdido su carácter ctónico y monstruoso para aparecer como unas jóvenes vírgenes que parecen guardar el sueño del matricida. Merece también ser destacado el óleo *Los remordimientos de Orestes*, del italiano Giorgio de Chirico (1888-1978), en el que el héroe, reducido a la categoría de un maniquí como es habitual en este artista, proyecta una sombra llena de cortantes aristas, símbolo de su padecimiento interior.

El episodio de Ifigenia en Táuride ha dado lugar a obras de estética más clasicista, como *La ofrenda de Orestes y Pílades*, del holandés Pieter Lastman (1583-1633), o *Ifigenia y Orestes*, del alemán Johann Heinrich Wilhelm Tischbein (1751-1829). Otros artistas prefirieron retratar a la hija de Agamenón y Clitemnestra en su destierro en la Táuride, mirando soñadora al mar que la separa de su Grecia natal. Es lo que hicieron el ruso Valentín Serov (1865-1911) y el alemán Anselm Feuerbach (1829-1880).





Arriba, Los remordimientos de Orestes *(Museo del Louvre de París), una pintura cuya composición formal sigue los cánones de la escuela neoclásica, pero sin que ello le impida abrir ya la puerta a una expresividad romántica en la caracterización de las erinias que se abaten sobre el matricida nada más cometer su crimen. Abajo, una de las poéticas aproximaciones que Feuerbach hizo a la figura de Ifigenia (Museo Estatal de Hesse, en Darmstadt), quien mira al mar esperando que de él llegue el cumplimiento de su destino.*

DE EURÍPIDES A ESQUILO

La *Ifigenia en Táuride* de Eurípides fue una gran inspiración para los músicos que se acercaron a Orestes. Es el caso de la zarzuela del español José de Nebra (1702-1768) *Para obsequio a la verdad, nunca es culto la crueldad. Ifigenia en Tracia,* largo título que confunde la tierra de los tauros con la de los tracios... Se trata de una deliciosa partitura que suma a números de aire italiano otros inequívocamente hispanos, además de intervenciones cómicas ajenas al original. Más fiel a este es la *Ifigenia en Táuride* del alemán Christoph Willibald Gluck (1714-1787). Escrita sobre un libreto en francés, encarna el deseo del compositor de recuperar la que para él era la esencia del teatro griego: el equilibrio entre música y palabra, entre canto y acción teatral.

Si Eurípides fue la fuente de los compositores barrocos y clásicos, Esquilo lo fue de los románticos y lo sigue siendo de los más modernos, quienes destacan de él su fuerza primigenia. El ruso Serguéi Taneyev (1856-1915) fue uno de los que se sintieron atrapados por el gran trágico. Su trilogía operística *Orestíada* es hoy una rareza, pero su obertura ha logrado abrirse paso en el repertorio de concierto: se trata de un auténtico poema sinfónico cuyos temas melódicos desarrollan sin necesidad de palabras la tormentosa tragedia de los Atridas y la locura del último de ellos, Orestes.

El francés Darius Milhaud (1892-1974) abordó también la composición de su propia *Orestíada*, si bien desde una óptica agresivamente antirromántica. Si *Agamenón* y *Las coéforas* solo ponen música a determinados coros y solos de la tragedia original, *Las euménides* se presenta prácticamente completa, cual si fuera una ópera. El uso destacado de la percusión, así como una armonía disonante y un tipo de escritura vocal que combina el canto puro con la declamación, confieren a la obra un convincente aire arcano.

Índice